

Ilustración Artística



Año XXX

BARCELONA 28 DE AGOSTO DE 1911

Núm. 1.548

ROMA.—EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE MODERNO. PABELLÓN ESPAÑOL



LA BAILAORA, escultura de Mariano Benlliure

(De fotografía de Carlos Abeniagar.)



Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La dispensa*, por Juan Téllez y López. — *El triunfo de la muerte*. — *El Museo Nacional de Nápoles*, por Carlos Abeni. — *Deauville. El día del «Gran Premio»*. — D. Alberto Bernis. — *Marsella. Una fiesta provenzal*. — Barcelona. *Las «musettes toulousaines»*. — *Monumento al caudillo indio Blackhow*. — *La coleccionadora* (novela ilustrada; continuación). — *Los lagos de Guatemala*, por Ediné Francis Tisdell. — *El acorazado italiano «San Giorgio» encallado en aguas de Nápoles*.

Grabados.—*La bailaora*, escultura de Mariano Benlliure. — Dibujo de García y Ramos, ilustración al cuento *La dispensa*. — *El triunfo de la muerte*, fragmento de un fresco de Andrés Orgagna. — *Una estación veraniega económica en los Estados Unidos* (lámina). — *El profesor Victor Spinazzola*. — *La Venus de Mondragone*. — *Deauville. El día del «Gran Premio»* (cinco fotograbados). — *Lago en los Apeninos*, cuadro de H. Esteban. — *Bosques de Itri*, cuadro de Enrique Serra. — *El desquite*, cuadro de José Bermejo. — *En el coro*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. — D. Alberto Bernis. — *Marsella. Fiestas provenzales*. — Barcelona. *Las «musettes toulousaines»*. — *Monumento a Blackhow*, obra de Lorado Taft. — *Los lagos de Guatemala* (seis vistas). — *El crucero acorazado italiano «San Giorgio» encallado en aguas de Nápoles*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Cuba: tentativa revolucionaria. — *México*: las consecuencias de la revolución: el partido constitucional progresista: los manifiestos de Madero y de Vázquez Gómez: la política del actual gobierno de transición: la reorganización de las fuerzas revolucionarias. — *Colombia*: asuntos internacionales y cuestiones de límites: los arbitrajes. — *Venezuela*: Castro y la amenaza de guerra civil. — *Perú*: la oficina de informaciones y propaganda en París: el problema de la inmigración: la educación del bracero indio.

Cuando escribíamos la anterior *Revista* realizábase en Cuba nueva intenciona revolucionaria. Fué, á lo que parece, un pronunciamiento que acaudilló el general Guillermo Acebedo, al frente de unos cuantos hombres. Díjose que se trataba de una algarada que prepararon los conservadores para hacer impresión en el ánimo de altos funcionarios yanquis que por aquellos días debían desembarcar en la Habana. Sea lo que fuere, la cosa no tuvo importancia y la guardia rural pudo, sin esfuerzo, imponerse á los rebeldes.

México no acaba de entrar en caja. Continúa el malestar propio del estado de transición en que el país se encuentra. Ha habido sangrientos motines provocados por la intransigencia de los partidarios de tal ó cual gobernador de Estado. En muchas regiones del interior dominan bandas de forajidos que hacen casi imposible la vida en el campo. ¡Tienen que leer las cartas particulares que á sus familias de la Península escriben algunos desgraciados españoles á quienes ha cabido en mala suerte vivir en sus haciendas durante el período revolucionario! Agravan la situación las huelgas de obreros en Orizaba, en Monterrey y en otras ciudades; piden, como en todas partes, más jornal y menos trabajo.

Ni en el mismo gobierno federal, ni en los que dirigen la acción política fuera del gobierno puede haber aún la fuerza ni el prestigio necesarios para sobreponerse á tan difíciles circunstancias. Los *científicos* tratan de conservar posiciones adquiridas, los *maderistas* arrecian contra ellos, se combaten con saña *reyistas* y *antirreyistas* (amigos y adversarios del general Bernardo Reyes) y se mantiene así el desasosiego que es natural consecuencia de todo movimiento revolucionario.

Gobernantes y jefes de partido hacen cuanto pueden para restablecer la normalidad. Madero, candidato á la presidencia de la República, se aparta de la política activa y delega sus facultades de jefe de partido en un Comité central cuyos individuos él mismo designa y cuya principal misión ha de ser reorganizar el antiguo partido antirreeleccionista bajo la nueva denominación de «Partido constitucional progresista.» No tiene ya razón de ser aquel nombre, porque los principios sostenidos por los antirreeleccionistas han triunfado en la conciencia nacional y en las esferas del gobierno, y pronto estarán consignados en la Constitución.

Madero, que renunció la presidencia provisional de la República y se reservó la jefatura del partido emanado de la revolución, lleva camino de ser el presidente constitucional, y en el manifiesto que dió en julio último advierte á los mexicanos que sus nuevos

campos de batalla deben ser las urnas electorales, y su arma más poderosa el voto.

También el Dr. Francisco Vázquez Gómez, candidato á la vicepresidencia, señala reglas de conducta para lo presente y lo porvenir, y en carta dirigida á los generales, jefes y oficiales del llamado Ejército libertador, recuerda que en los tratados de paz firmados en Ciudad-Juárez el 21 de mayo último, se estipuló, entre otros particulares, que el nuevo gobierno estudiaría las condiciones de la opinión pública en la actualidad, para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional, y acordaría lo conducente á las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la revolución. Además, habría de procederse desde luego á la reconstrucción ó reparación de las vías telegráficas ó ferrocarrileras que entonces se encontraban interrumpidas.

Ahora bien, según el Sr. Vázquez Gómez, estudiar las condiciones de la opinión pública en cada Estado de la confederación mexicana y satisfacerlas dentro del orden constitucional, no es asunto tan fácil para que el nuevo gobierno pueda realizarlo con la rapidez que todos desean; pero dicho gobierno, como representante legítimo de las ideas revolucionarias y, por lo mismo, de los intereses de la nación, no ha omitido ni omitirá esfuerzo alguno para satisfacer debidamente las aspiraciones del pueblo encarnadas en la última revolución.

Una de las primeras y principales preocupaciones del actual gobierno de transición ha sido restablecer la paz, la tranquilidad y el orden público. Vázquez Gómez da por realizados estos propósitos, y por consiguiente ya puede y debe ocuparse aquél, de una manera más enérgica y decidida, en satisfacer las exigencias del programa político que en su corta vida le toca desarrollar.

Se está llevando á cabo de manera gradual y cuidadosa el licenciamiento de las fuerzas revolucionarias. Pero no se trata de licenciar todas las fuerzas, sino de licenciar parte de ellas y organizar el resto, pues se considera de importancia extraordinaria conservar un buen número de fuerzas insurgentes organizadas para que, en unión de las federales, conserven el orden y prevengan la anarquía, que fácilmente se produce después de las revoluciones.

A los que han de tener bajo su mando las fuerzas que van á organizarse recomienda Vázquez Gómez de una manera muy especial que ayuden al Gobierno á hacer efectiva la paz y á mantener la seguridad y el orden público. El partido revolucionario, así como el Gobierno emanado de la revolución, están obligados á demostrar al mundo que son capaces de gobernar al país y de dar garantías á todos sus habitantes.

Mal van en Colombia los asuntos de política internacional. No se arreglan las divergencias con los Estados Unidos ocasionadas por la separación de Panamá, y hay allá, en Bogotá, quien propone que se sometan á un arbitraje. No es muy recomendable el procedimiento, porque, como es sabido, ya se ha dado el caso de que partes interesadas en un fallo arbitral y al cual voluntariamente se sometieron eludan su cumplimiento ó procuren que no se dicte cuando no satisface ó creen que no va á satisfacer todas sus exigencias. Recuérdense los malos ratos que hubo de pasar el árbitro argentino en la cuestión Perú-boliviana, y el fracaso del arbitraje de límites entre Perú y Ecuador, en el que tuvo el rey de España el buen acuerdo de declinar el encargo que había recibido.

En ese pleito entre peruanos y ecuatorianos se hallaba y se halla interesada la República de Colombia, y como el Perú mantiene las posiciones que ha tomado en el terreno litigioso, sobre el cual alegan derechos los tres gobiernos, es permanente la causa de discordia entre ellos, con frecuencia hay choques entre soldados ó colonos de unos y otros, y en Lima, en Quito, en Bogotá suele haber de vez en cuando manifestaciones contrarias á la buena inteligencia entre estas Repúblicas. Recientemente fué apedreada la legación del Perú en Bogotá.

Colombianos, peruanos y ecuatorianos se muestran irreconciliables en esta cuestión de fronteras. Las tentativas de alianza ó de confederación fracasan siempre como han fracasado ahora las negociaciones que se entablaron en Caracas con motivo del Congreso Boliviano de la Paz y del Centenario de la Independencia de Venezuela.

Estas cuestiones territoriales, con los Estados Unidos ó Panamá, con Venezuela, con el Ecuador, con el Perú son, y tienen que ser, la preocupación constante de los políticos colombianos. Y mencionamos á Venezuela porque ni siquiera el conflicto de límites con dicha República está definitivamente re-

suelto, á pesar del laudo arbitral que dictó España en 1891.

Y Cipriano Castro ¿dónde está? Corrió la voz de que había desembarcado en la costa occidental de Venezuela, burlando la vigilancia de los barcos yanquis, y que se había internado hacia la frontera colombiana para tener cubierta la retaguardia; disponía de muchos hombres, muchas armas y mucho dinero. Después no ha habido noticia comprobada del desembarco ni del paradero del terrible general. Pero el pánico ha sido grande en Caracas: era y es de temer la guerra civil y la furiosa reacción de los castristas, si triunfan.

Muchos venezolanos patrocinan ya otra solución. Ni Gómez, ni Castro, ni ningún general. Están ya hartos de generales y quieren entregar el poder á un hombre civil. Suenan el nombre del Dr. Rivas Vázquez.

Persiste el gobierno peruano en activar los medios de acrecentamiento de la riqueza pública. De poco sirve que haya en el país abundancia de valiosos productos naturales si no son bien conocidos y faltan elementos y recursos para explotarlos, es decir, dinero y hombres que trabajen. Comprendiéndolo así, se ha resuelto instalar en París una Oficina central de informaciones y propaganda industrial y geográfica con el especial objeto de dar á conocer el país y sus recursos como campo adecuado para la colonización y para la inmigración de braceros y de capital destinados á las explotaciones agrícolas é industriales.

Menos dificultades ofrecerá, ciertamente, el concurso de capitales que la inmigración de braceros. Es este último el gran problema que hoy preocupa á los economistas y gobernantes de la mayor parte de las Repúblicas americanas. Sin embargo, en algunas de éstas, el Perú entre ellas, el problema puede tener solución muy conveniente y relativamente fácil. Allí el número de indios es considerable; supera al de los hombres de raza blanca. No hay, pues, que ir á buscar el bracero á otros países, porque vive en el propio. Esos indios constituyen la fuente más poderosa de la riqueza nacional. En el *Boletín* de la Dirección de Fomento del Perú el Sr. Preusse propone que se coloquen, esparcidos, entre los indios que tienen residencia fija y se dedican á las labores de la tierra, á colonos extranjeros de quienes los indígenas podrán aprender el cultivo racional del suelo y el uso de útiles modernos. La competencia que les harán los colonos extranjeros obligará á los indígenas á desplegar actividad más intensiva, á fin de aumentar sus productos.

Otro procedimiento de educar como bracero al indio es el servicio de trabajo obligatorio. Y no hay que alarmarse ni hablar de esclavitud. Los hombres vivimos obligados á muchas cosas, y no por eso nos consideramos esclavos. Si no son esclavos nuestros hijos, á quienes las leyes obligan á ir á la escuela, tampoco serán esclavos los indios obligados á aprender á trabajar. Para ellos la temporada de trabajo obligatorio será una escuela de la vida. El mejor modo de educación es el que enseña al hombre á trabajar.

Al indio se le puede considerar como menor de espíritu, cuando se trata de civilización, en la que no puede adelantar sin ser guiado por los que le han precedido en adoptarla. La obra civilizadora no tendrá buen éxito si no se realiza ante los ojos del indio el prestigio de la raza blanca, que es la que le sirve de preceptor. Y éste debe gozar de ciertos privilegios y derechos á fin de que le sea posible imponer la disciplina y ejercer la autoridad.

Ciertamente, esto que ahora se escribe en publicaciones oficiales del Perú, y algo más que dice el señor Preusse respecto á la manera de tratar y cuidar á los indios, no tiene para nosotros los españoles gran novedad. Es la repetición de lo que dijeron nuestras Leyes de Indias y de lo que se hizo en América durante la colonización española. Si entonces hubo quien abusaba de la autoridad y del prestigio que daban la raza y el señorío, hoy mismo en el siglo xx, sucede lo que nos cuenta el Sr. Preusse; que «numerosos hijos del país tienen la costumbre de considerar á los indios como su propiedad particular, quedándose así los indios en un estado de semiservitud que sirve, de un lado, á paralizar la energía y el espíritu emprendedor del superior, y de otro lado á degradar al inferior hasta tal punto, que llega á ser poco más que una bestia.»

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA DISPENSA, POR JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ, dibujo de García y Ramos



Rema, hijo, rema, decía el viejo, trémulo, muerto de miedo

I

Concluida la misa, se cantó una Salve, con acompañamiento de acordeón, y cada familia se fué á su casa. Las mujeres salieron apresuradamente, flotantes al aire sus pañuelos de seda rojos, verdes, azules, y andando con menos soltura que de ordinario por el estorbo de las pesadas faldas de fiesta y por el más considerable de los zapatos, instrumento de martirio para unos pies casi siempre desnudos. Los hombres, en mangas de camisa, quedaron todavía un momento bajo el porche de la iglesuca, liando un cigarro y recreándose anticipadamente con la idea del yantar succulento y la descansada tarde.

El pueblo, recién enjalbegado para la fiesta, brillaba á la luz radiante del sol hasta ofender la vista con su blancura. Desde la plaza, en que se alzaba, esbelta y graciosa, la espadaña de la iglesia parroquial, se veía, calle arriba, el campo verde, como una bendición de Dios, bordeado de naranjales que enviaban al pueblo embriagadores aromas. Calle abajo, hasta el horizonte, brillaba el mar como un espejo, sin una arruga en su tersa superficie. San Cristóbal, el patrono del lugarejo, había querido adornar con sus mejores galas el día de su fiesta.

Se abrió la puerta de la iglesuca y salió el párroco, que hubo de detenerse un momento, cegado por el sol.

Respiró fuerte, oteó el campo y el mar como todos los días, repartió palmaditas entre sus feligreses y entró en la rectoral. Era un viejecito, limpio y afable, ligeramente encorvado, pero sano aun.

Una mano invisible hirió la campana mayor de la iglesia. El Angelus del mediodía salió alegremente de la espadaña y se difundió en el campo verde, en el mar, en la inmensidad azul. Los portales de las casas fueron cerrándose tras sus moradores. Una banda de gaviotas se alejó velozmente, chillando. Cantó un gallo.

Y todo quedó en silencio, en un silencio solemne y augusto, bajo la luz del sol...

II

Y en medio de esta paz, de esta luz, de esta alegría, Tocho rabiaba de coraje. Al salir de misa, había abordado por centésima vez á su tío Tiburcio, al padre de Tina; y por centésima vez había oído de sus labios la misma negativa terca, feroz:

—Mira, Tocho, no te canses. Sé que mi hija y tú *vos querís*. Sé que eres buen muchacho, que no haríais mala pareja; pero te *hi* dicho muchas veces que no podéis *casarvos* porque sois primos hermanos y en mi familia nunca se ha consentido eso. Tu padre, que en gloria esté, pensaba como yo. Ya sé lo que vas á decirme: que el Papa dispensa el parentesco y que si voy á ser yo más que el Papa. Y á eso te digo que no será muy bueno lo que *quies* hacer cuando *ties* que acudir al *mesmo* Santísimo Padre. Y que no, vaya, que no. Tú eres del mar, como mi hermano, que de Dios goce; yo soy del campo. No *poemos* entendernos. Busca por otro *lao*, Tocho, y tengamos la fiesta en paz.

Y Tocho se desesperaba. En su tosco espíritu, que el amor á Tina había sutilizado, no cabía la idea de que le rechazara su tío por el parentesco; en cambio, veía claro como la luz del día el segundo motivo con que el campesino le salía siempre al paso cuando flaqueaban las razones espirituales. «Tú eres del mar; yo soy del campo.» ¡Aquello sí era una razón, *pachol*! Desde que el pueblo era pueblo, el barrio de arriba, compuesto de labradores, se llevaba mal con el de abajo, dedicado á la pesca. Los días festivos, cuando había baile en la plaza, solían formarse dos corros de mozos y mozas; y sólo cuando el cura, que no veía con buenos ojos aquel semillero de discordias, se asomaba al balcón para reprenderlos, uníanse los dos grupos en uno común. Era muy raro que un mozo de arriba buscara novia entre las muchachas de abajo; y cuando tal cosa sucedía, solía ocurrir que la solicitada rechazase al pretendiente. Las familias ahondaban estas diferencias, lejos de borrarlas, y como decía el tío Simón, alcalde

constitucional de San Cristóbal, iba á ser preciso dividir en dos al pueblo y colocar una barrera en el centro de la plaza para que se pudiera vivir en paz.

III

Tocho, á más de pertenecer al barrio de abajo, tenía otro motivo para ser mal mirado en el barrio de arriba. Su padre, nacido en este último, había desertado de él, después de casarse, pasándose al otro con armas y bagajes.

Y ¡lo que son las cosas! El primogénito del desertor, que no podía vivir sino en el mar, que hasta cuando no iba á él por deber se embarcaba por gusto en su bote y se pasaba noches enteras bogando, había ido á enamorarse de Tina, la moza más guapa del barrio enemigo; y ella, lejos de rechazarle, como era su obligación, según el sentir de sus convecinos, parecía dispuesta á *saltar la barrera* tradicional. ¡Gracias á que el tío Tiburcio estaba allí para impedir aquella transgresión del derecho consuetudinario! ¡Pues no faltaba más!

Así pensaban todas las comadres de San Cristóbal; y todos los compadres; y todos los mozos, menos Tocho y un su amigo, muy listo y travieso, autor del plan que dió al traste con la fortaleza del tío Tiburcio.

El tío Tiburcio era soberbio y vanidoso. Creía de buena fe que podía hacer todo lo que hiciera otro y un poco más. Cuando, delante de él, los pescadores narraban sus angustias, sus trabajos en el mar, solía burlarse de ellos, llamándoles holgazanes.

—¡Trabajos llamáis á ir sentaditos en el bote! ¡Tras de un arado *vos* queríais yo ver, *so* vagos!

Aquella tarde, la de la fiesta, cuando dijo estas palabras, como las decía siempre, el amigo de Tocho le interrumpió socarronamente:

—*To* eso será cierto, tío Tiburcio; pero *usté* le *tié* mucho miedo al mar.

—¿Que yo le tengo miedo á *ése*?

—Vaya. ¿A que no es *usté* capaz de embarcarse mañana conmigo y con Tocho?

—¿Y por qué mañana?

—Yo sé lo que me digo. ¿A que no es *usté* capaz?

El tío Tiburcio reflexionó un momento. Aunque él no era marino, sabía lo suficiente para barruntar el Levante que se venía encima. Aquella calma, ciertas nubecillas rojas que parecían esperar al Sol en el ocaso, la ligera brisa que iba levantándose, eran indicios seguros del temporal. Pero estaba en la plaza todo el pueblo y el padre de Tina no podía quedar mal. La soberbia, en su espíritu, venció al miedo. Se embarcaría y tres más nueve. ¿Qué se creían aquellos rapaces? Y ellos, ¿serían luego bastante hombres para pasar un día entero arando? ¿A que no?

Tina, mirando de reojo á su novio, desde el grupo de las mozas, seguía con vivísimo interés la conversación. Sin saber por qué, veía en ella la solución de su asunto, el germen de la dispensa paterna, más difícil de conseguir que la pontifical...

IV

No era cosa mayor el Levante. El tío Tiburcio, embarcado desde el amanecer con su sobrino y el otro mozo, veía caer la tarde y reventaba de orgullo. A prima noche, el bote iría á tierra y él podría subir á su barrio, riéndose del mar y de los peces. ¡Con qué placer contaría á todos el resultado de la apuesta! ¿Qué se creían aquellos rapaces? ¿Que á un labrador, á un campesino, se le asusta con unas cuantas olas de poco más ó menos?

¡Y eso que las olas iban siendo cada vez más grandes! La cosa se ponía un poco fea. Aquel subir y bajar del bote no era ya cosa de juego. Momentos había en que se elevaba, se elevaba sobre la ola hasta Dios sabe dónde; y luego parecía que se iba al fondo, como si tiraran de él. A las veces, entraba agua en el barco. Por el horizonte, venía una nube negra que nada bueno presagiaba. ¿No sería ya hora de ir á tierra?

—¿Qué hora es?, preguntó el viejo como si no diera importancia á la pregunta.

Tocho y su amigo cambiaron una mirada llena de maliciosa alegría. Así se miraban, en la pesca, cuando caía en la red un salmón...

—Las tres y veinte.

¡Santo Dios! ¡Las tres y veinte! ¡Más de tres horas, todavía, para pisar aquella tierra querida que la bruma y la distancia no dejaban ver! ¡Más de tres horas de estar expuesto á dar la vuelta y á acabar malamente la vida! Y la nube negra avanzaba, avanzaba, oscureciéndolo todo, tiñendo de negro el mar. El viento era cada vez más recio y las olas jugaban con el bote de una manera alarmante. El atribulado campesino comenzó á rezar, á ofrecer velas á la Virgen, á pedir perdón á Dios por el pecado de soberbia que á tan duro trance le había llevado. Ya no se atrevía á impetrar otra salvación que la de su alma. ¡La costa estaba tan lejos! Un momento pensó en Tina, huérfana, y en que quizás había hecho mal en rechazar á Tocho... Después de todo, ¿no era el mar tan de Dios como la tierra? ¿Por qué empeñarse en hacer desgraciadas á unas criaturas que se querían y que ninguna culpa les alcanzaba

de haber nacido en distinto barrio? ¡Qué razón tenía el cura! ¡Pobre Tina, tan buena, que iba á quedar sola! ¡Pobre hijita, que iba á quedar sin padre, por ser él un soberbio, un vanidoso!..

Y cuando los ojos del viejo comenzaban á llenarse de lágrimas y la nube negra cubría el cielo con su fúnebre manto y las olas parecían monstruos horribles que jugueteaban con el bote antes de tragárselo, Tocho dijo á su amigo:

rema. Yo te ayudaré. Si nos salvamos, ofrezco no meterme más en eso del noviazgo. Si la dispensa del Papa se consigue, la mía ya está conseguida. Pero vamos á tierra, si es que puede ser... No desafiéis más á Dios... ¡Santa Bárbara bendita, qué relámpago!—Tal dijo el viejo...

Y todo cambió. Cinco minutos habrían transcurrido apenas y los naufragos estaban en tierra, sanos y salvos. Durante la trágica escena, aprovechando la

obscuridad, los dos mozos habían acercado el bote todo lo posible sin que lo advirtiese el tío Tiburcio.

El cual, cuando se vio en tierra firme, dió un tirón de orejas á Tocho diciéndole:

—Me la has dado de puño. Pero si dices á alguien cómo te has arreglado para sacarme la dispensa, te rompo la cara. Conste que *sus* dejó casar porque quiero, ¿eh? Y no hablemos más del asunto.

Y esta es la hora en que Tina, casada ya con Tocho, y feliz como la que más, no sabe á qué se debió la inesperada dispensa del tío Tiburcio...

EL TRIUNFO DE LA MUERTE

Uno de los trabajos más interesantes que se están efectuando actualmente en Florencia es sin duda el de hacer reaparecer en las paredes de la antigua iglesia de Santa Croce los frescos que casi por completo las cubrían y que habían sido pintados por artistas tan eminentes como Giotto, Angel y Tadeo Gassi, Nicolás Pisano, Andrea del Castagno y Orgagna.

Cuando á fines del siglo xvi Jorge Vasari recibió de Cosme de Médicis el encargo de embellecer aquel templo, el famoso pintor y arquitecto construyó catorce capillas apoyadas en los muros, desapareciendo de este modo los célebres frescos.

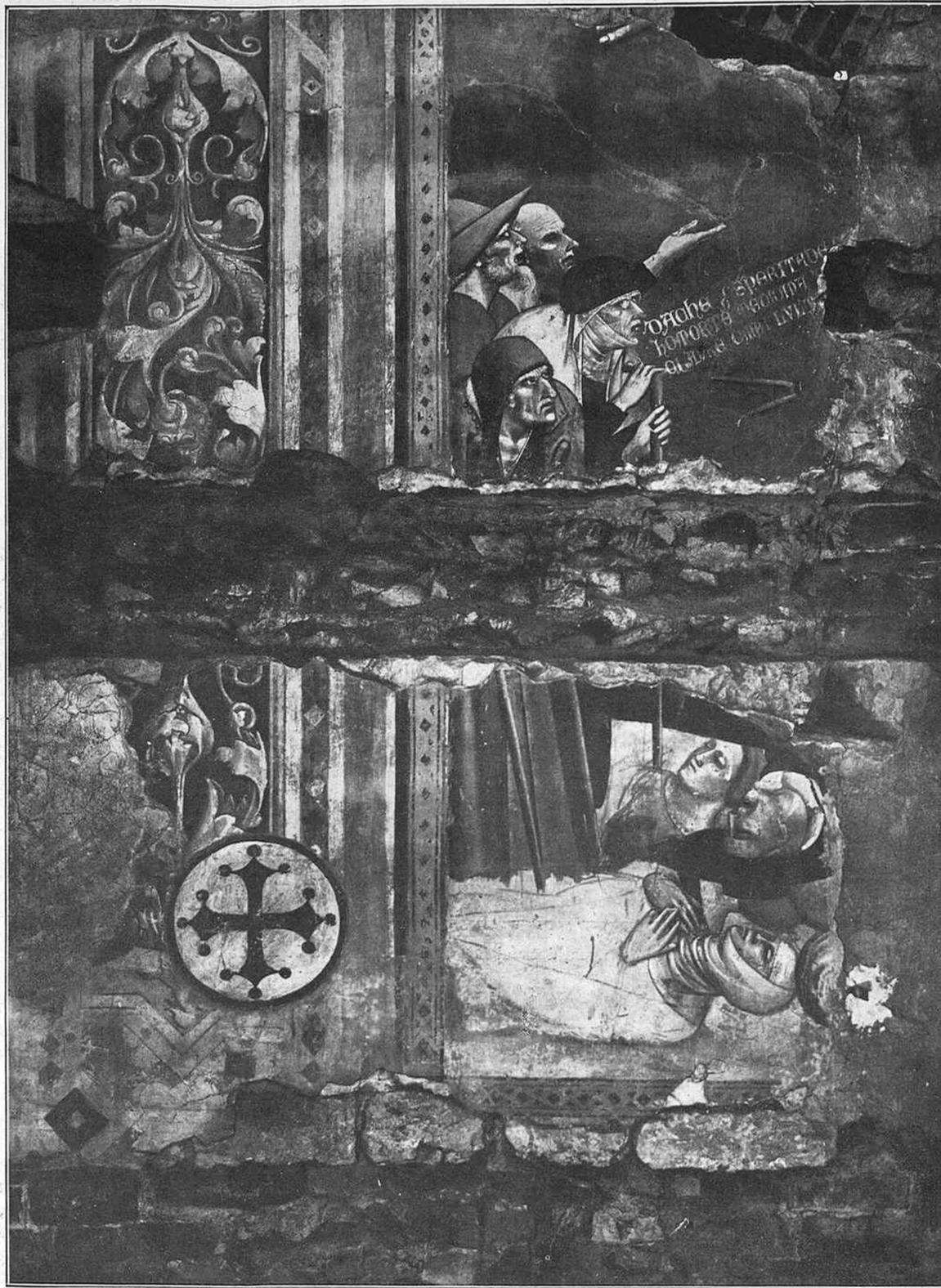
Hoy, gracias á un inteligente y pacientísimo trabajo, van reapareciendo, como antes decimos, tan interesantes pinturas, habiéndose descubierto recientemente la de Andrés

Orgagna, de la cual reproducimos adjunto un fragmento.

El triunfo de la muerte es una reproducción del fresco que con el mismo título había pintado Orgagna para el cementerio de Pisa y que con razón ha sido considerada como una de las más notables en su género.

Vasari dice que Andrés Orgagna, de regreso en Florencia, pintó en Santa Croce los mismos asuntos que pintara en el camposanto pisano y añade: «Trabajó en esta obra con mejor dibujo y más diligencia que había hecho en Pisa, conservando, sin embargo, casi los mismos modos en la composición y en el estilo y variando únicamente los retratos, que tomó del natural, copiando las efigies de amigos suyos, de los que á unos los puso en el paraíso y á otros en el infierno.»

El triunfo de la muerte representa una catástrofe que destruye multitud de edificios; entre los escombros yacen inmóviles varios personajes; cuatro lisiados contemplan horrorizados el espectáculo de desolación. El conjunto de la pintura produce el efecto horripilante de aquellas danzas macabras tan en boga en los siglos xiv y xv.—L.



El triunfo de la muerte, fragmento de un fresco de Andrés Orgagna (1329-1389) recientemente descubierto en la iglesia de Santa Croce de Florencia. (De fotografía remitida por Gaspar Romieux.)

—Ya está maduro.

V

Una hábil maniobra de los jóvenes puso el bote de través, con lo cual aumentó locamente su movimiento. El tío Tiburcio se encomendó á Dios...

—Estamos perdidos, dijo el amigo de Tocho. Yo no puedo remar más.

—Rema, hijo, rema, decía el viejo, trémulo, muerto de miedo.

—Ya... ¿para qué?, exclamó Tocho. Yo abandono el timón. Después de todo, mejor quiero morirme que vivir sin Tina. Y como la dispensa del tío Tiburcio es más difícil que la del Papa... Cuando el mar nos vuelque, el que pueda que se salve á nado. Yo aquí me quedo. Si llegan *ustés* á tierra, díganle á Tina que mejor he querido morirme que vivir sin ella...

Un relámpago que iluminó las encrespadas olas con una luz lívida, espantosa, y un trueno horrendo que sonó en los oídos del tío Tiburcio como la trompeta del juicio final, acabaron de decidirle.

—Hijo mío, Tocho, no abandones el timón. Y tú

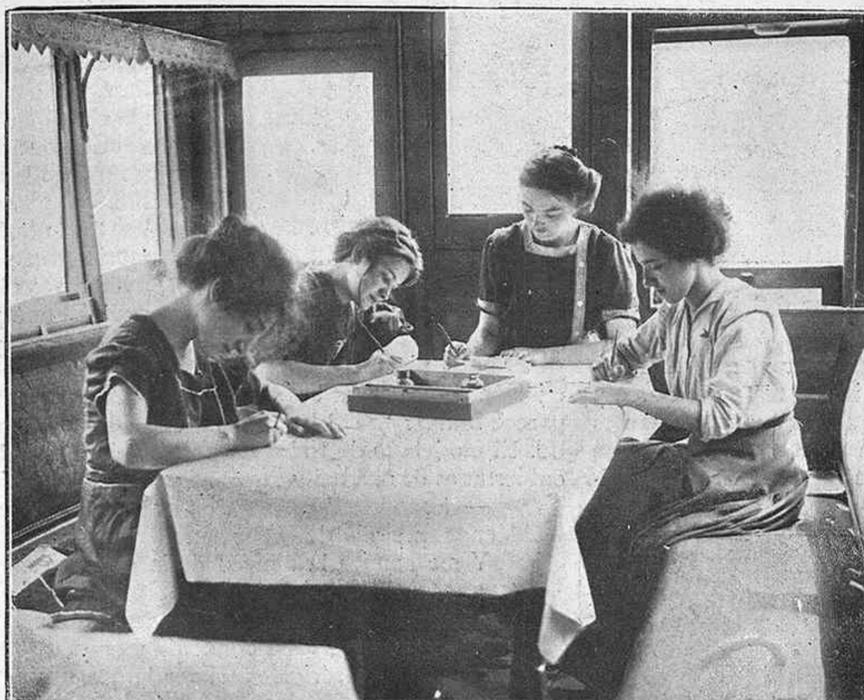
UNA ESTACIÓN VERANIEGA ECONÓMICA EN LOS ESTADOS UNIDOS



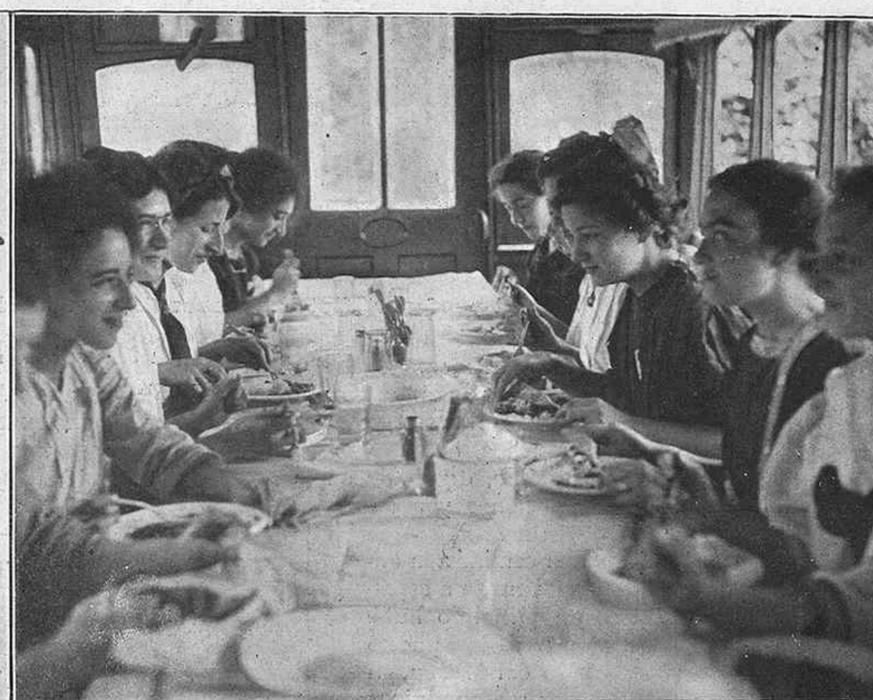
Vista del campamento de veraneo



El perro del campamento



El vagón-escriptorio



El vagón-comedor



Una partida de tennis



Un vagón-dormitorio

(De fotografías comunicadas por Carlos Trampus.)

En el campo de Moodna Creek (Mountainville), á quince millas de la ciudad de Nueva York, la filantrópica institución «Ethical Culture Society» ha organizado un campamento de veraneo económico para las obreras y empleadas modestas que trabajan en aquella capital. Por poco dinero pueden estas muchachas de posición humilde proporcionarse allí una temporada de recreo y de descanso, disfrutando, además, de una agradable temperatura.

Las viviendas y demás dependencias de la estación veraniega de Moodna Creek son antiguos tranvías, de los que se utilizaban para la tracción animal y que fueron retirados para ser substituidos por los de tracción eléctrica. En ellas encuentran las veraneantes una porción de comodidades que difícilmente podrían procurarse en otras partes, dada la modicidad de la pensión que satisfacen.

EL MUSEO NACIONAL DE NÁPOLES.—LA NUEVA DIRECCIÓN.—UN DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

De regreso en Nápoles, después de una larga ausencia, mi primera idea fué visitar ese magnífico templo sagrado de arte, nuestro Museo Nacional, para admirar los nuevos tesoros en él reunidos y saludar al nuevo director, á quien me unen vínculos de antigua amistad personal y de inolvidable gratitud periodística.

Durante el decenio de 1900 á 1910, habían ocupado aquel puesto importantísimos hombres de estudio conocidos en el mundo científico y elevados funcionarios administrativos: Julio de Petra, Pablo Orsi, Héctor Pais y los comendadores Gattini, Sparagna y Parisotti. Muchas cosas habían sucedido en aquel tiempo, pero no interesaban ni mi pluma de cronista ni mi objetivo de fotógrafo. Mi objeto era saludar en su residencia á Víctor Spinazzola, el director nombrado después de tantas luchas y de dos concursos solemnes, el descubridor de Pesto, el autor de cien memorias arqueológicas y de un libro que á todos interesa, *Los orígenes y el camino del arte*, al amigo ilustre á quien el que esto escribe, con otros muchos, había augurado aquel puesto difícil y soberbio, digno de su actividad y apropiado á sus aficiones y á su cultura.

Y para realizar mi visita me encaminé á la antigua puertecita de la Dirección, situada á espaldas del Museo. Pero desde un principio hube de encontrarme con algunas novedades, puesto que me condujeron al otro lado del Museo, en donde un modernísimo ascensor me condujo á las nuevas oficinas de la Dirección y de la Administración. En aquella nueva residencia, veíanse por todas partes cuadros, estatuas, frescos, plantas, un decorado severo, un orden, una limpieza y al mismo tiempo una grandiosidad, que claramente indicaban las intenciones y el significado que á su alto cargo daba el nuevo director. Y aquel orden, aquella grandiosidad, reinaban sobre todo en el despacho del mismo director, á quien encontré junto á su mesa, entre papeles y objetos procedentes de excavaciones y á quien saludé con un discurso del que hago gracia á mis lectores. En cambio les doy la imagen del sabio mientras examina una *terracotta*, examen del que le distraje para pedirle noticias de su obra, de las excavaciones en curso y de sus propósitos.

—No hablemos de propósitos, me contestó, pues sé que para usted son más interesantes los hechos; y los hechos, durante este año de mi dirección y superintendencia, son muchos, muchísimos, y de ellos no puedo dar á usted cuenta minuciosa.

—¿Se refiere usted, acaso, á Pesto?

—A Pesto, á Sorrento, á Nápoles, á Pompeya, á la antigua Sinessa, á Cuma, á un mundo de cosas que resucita, de antigua vida que reaparece.

—Y del Museo, ¿no me dice usted qué ha traído ó piensa traer á él?

—No hablemos de esto por ahora. El Museo, en su orden grandioso, es tal que no admite muchos cambios; y su orden actual es decoroso y solemne. Es menester ordenar y abrir al público colecciones tiempo ha cerradas; y esta es la tarea grave, compleja y urgente. Por lo demás, es necesario también que por este gran cuerpo, tan sólidamente construido, circule nueva sangre, nueva vida, es decir, que afluayan constantemente á él los manantiales perennes de vida procedentes de las nuevas

excavaciones. Un museo es una cosa muerta, si las fuentes vivas de las excavaciones no lo alimentan día por día y hasta diré hora por hora. Han venido aquí objetos admirables que he traído yo del suelo fecundo y maravilloso de Pompeya, su origen y su vida inseparable, y otros han venido también de Pesto, de Cuma, de Scafati, de Sinessa; y aun vendrán otros que asombrarán al mundo científico.

avía sin desembalar; pero en cambio, quiero enseñarle otra cosa que admirará á los inteligentes y al público.

Y el director se levantó encaminándose al Museo. En el gran salón de Hércules Farnesio y junto á éste, había, envuelta en paños, ya sobre la base, pero sostenida aún por los garfios que la habían levantado, una estatua de tamaño mayor que el natural. El

director quitóle la envoltura y la aparición de aquella obra me llenó de alegría y de asombro: la presento á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA tal como el profesor Spinazzola me permitió fotografiarla, aprisionada todavía entre andamios y cuerdas que impiden una visión total, pero mostrándoy su maravillosa belleza. Es una figura de mujer semidesnuda; un manto le cubre las piernas hasta medio muslo y cae en numerosos pliegues. El cuerpo, hermoso, se apo-

ya sobre la pierna derecha; la izquierda está algo inclinada. Fáltanle los brazos y la cabeza, pero el torso parece indicar que el brazo izquierdo estaba levantado. El modelado de todas las partes del cuerpo descubiertas es de una belleza y un vigor extraordinarios.

—Como usted ve, me dijo el director, es una Venus que sale de las aguas.

Y me explica la actitud de la estatua reconstruyendo el brazo izquierdo doblado sobre la cabeza, mientras el derecho se extendía hacia el manto en una postura conocida y cuya más alta expresión escultórica es tal vez la que vemos en esta escultura.

Pregunté la procedencia de aquella nueva maravilla y el director me hizo el siguiente relato. Sabedor de que cerca de Mondragone, en donde estuvo la antigua Sinessa, habíanse encontrado casualmente algunos fragmentos de escultura y de arquitectura, él, en su calidad de superintendente, envió para que los examinase á un delegado, el cual le dijo que no tenían valor alguno, y cuando volvió allí para adquirir datos sobre el sitio que parecía poder ser de alguna importancia, los fragmentos estaban ya embalados en Sparanise para ser exportados. Pero gracias al excelente servicio de aquella tenencia de carabineros, que cumplió las órdenes de la superintendencia, los fragmentos pudieron ser recuperados y enviados al Museo. Los varios pedazos del ropaje habían sido encerrados en una caja; el torso, cubierto de barro, parecía cosa de ningún valor y, llevado al Museo, quedó abandonado fuera de los almacenes. Pero el profesor Spinazzola, fijándose en aquellos trozos separados, adivinó, bajo la costra que cubría el torso, la misma mano del artista que había modelado el manto, tuvo la visión de la forma completa y al día siguiente hizo colocar uno encima de otro los fragmentos atribuidos á esculturas distintas y reconstruyó la admirable figura de Venus que se ofrecía á mis ojos.

Después hubo que guardar reserva sobre todo esto, que era obra personal del director del Museo, hasta que quedó consumada la adquisición de los fragmentos considerados como de escasa importancia y hasta que se hubo resuelto jurídicamente el litigio entre el vendedor, los intermediarios y el comprador. Logrado esto, comunicóse al Ministerio lo ocurrido y se hizo pública la gestión que ha valido al Museo una escultura que, colocada junto á obras maestras, rivaliza con ellas y supera á algunas.

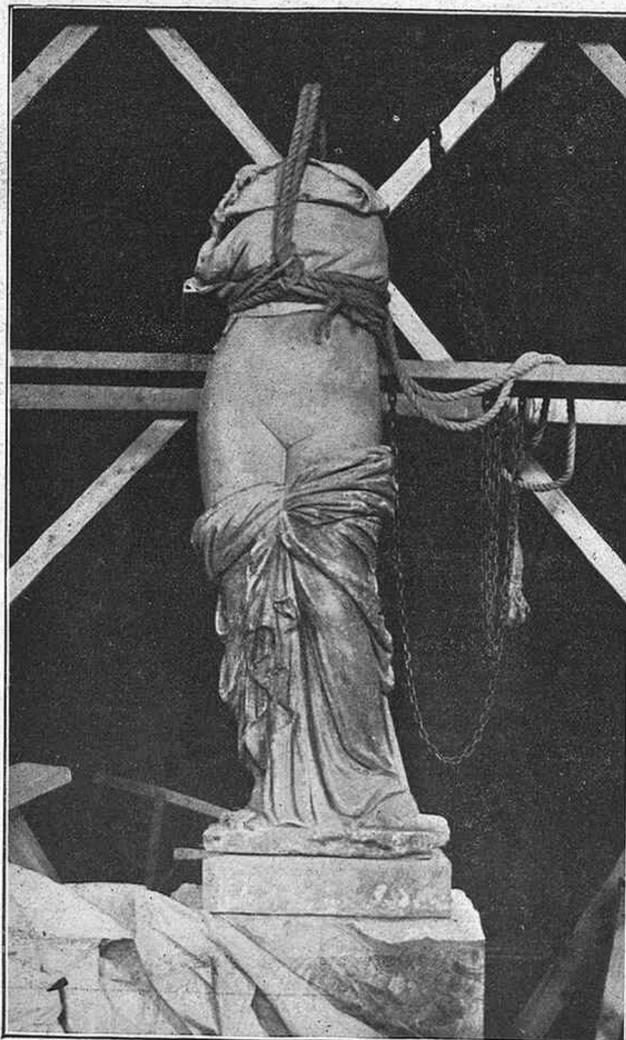
Nápoles, agosto de 1911.

CARLOS ABENIACAR.



El profesor Víctor Spinazzola, nuevo director del Museo Nacional de Nápoles

Aquí tiene usted una metopa de un templo procedente del Cilento, una admirable testa de Cuma y varias fotografías de estatuas que son otras tantas pequeñas obras maestras de Sorrento; y aquí tiene usted los planos y las fotografías de Pesto, un edifi-



La Venus de Mondragone, notable escultura descubierta recientemente é instalada en el Museo Nacional de Nápoles

cio entero con inscripciones, bases honorarias, columnatas que yacían sepultadas, y las fotografías de la estatua que está aquí desde hace algunos días.

—¿Puedo verla?, preguntéle con vivo deseo.

—A su tiempo la verá usted, pues ahora está to-

DEAUVILLE.—EL DÍA DEL «GRAN PREMIO.» (Fotografías de Harlingue y Carlos Delius.)



Presentación de los caballos

Deauville, la hermosa playa normanda, constituye con su hermana Trouville la residencia veraniega predilecta de la alta sociedad parisiense; pero no es sólo la capital de Francia la que da su contingente de bañistas y veraneantes, sino que, además, de todo el mundo acuden los privilegiados de la fortuna atraídos un poco por las bellezas del lugar y un mucho por los placeres de toda clase de que allí se disfruta.

Carreras de caballos, deportes de todas suertes, juegos, fiestas benéficas, sucedense sin interrupción y en todas estas diversiones hallan las mujeres elegantes pretexto para lucir las últimas creaciones de la moda, de tal manera que el hipódromo de Deauville el día del Gran Premio, por ejemplo, puede competir, desde el punto de vista de la elegancia, con el famoso día del Gran Premio del hipódromo de Longchamp.

La carrera del Gran Premio efectuóse el día 20 del actual. La tribuna reservada y el *pesage* ofrecían un aspecto verdaderamente deslumbrante; recorriendo las listas de las principales familias que á la fiesta concurrieron, encuéntrase en ellas los nombres



Falda de muselina sobre fondo azul claro con adornos negros

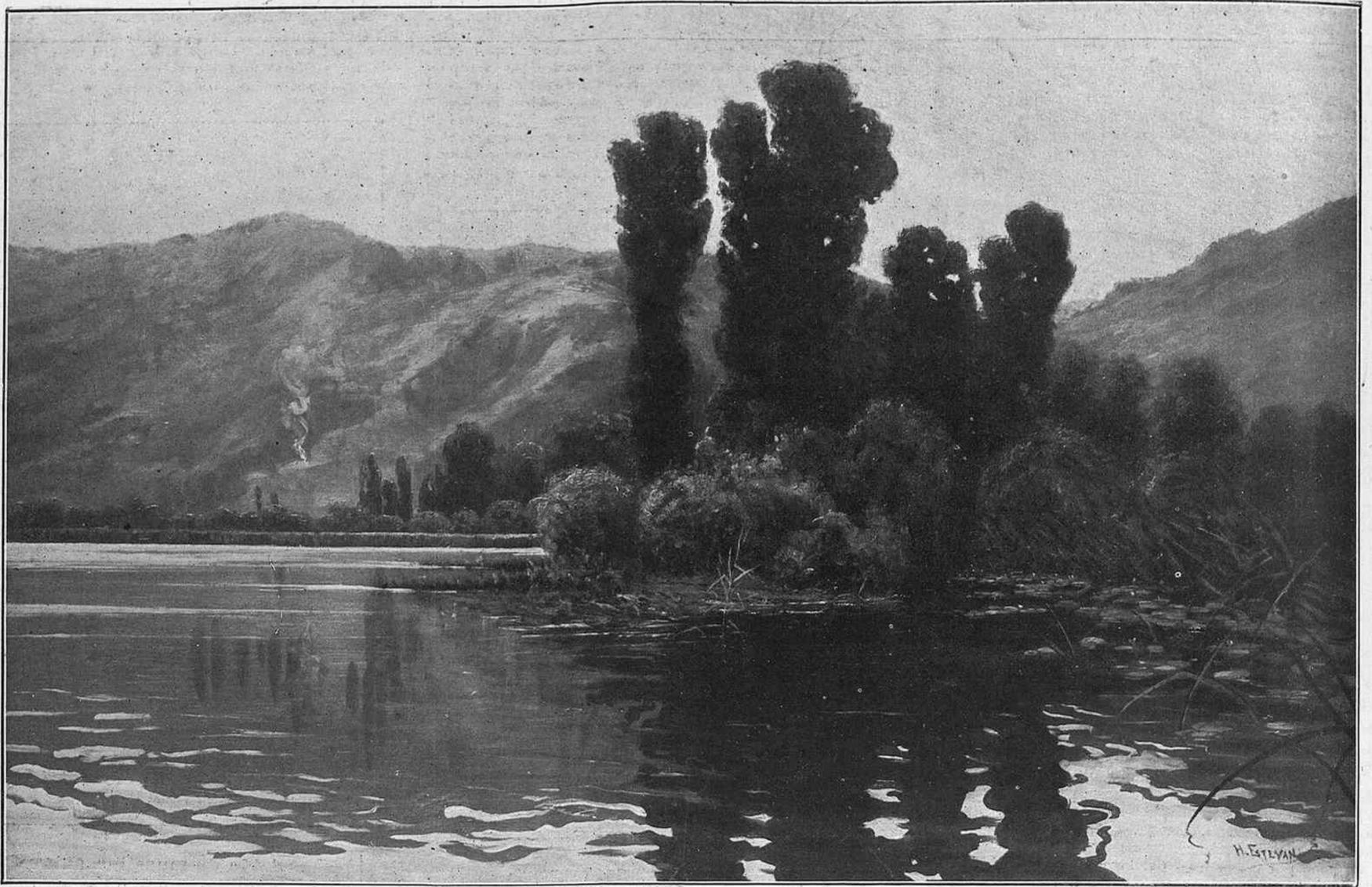
de los aristócratas más linajudos, de los capitalistas más acaudalados, de las eminencias del mundo literario y artístico. Y en cuanto á *toilettes*, es imposible enumerar siquiera las que más llamaron la atención por su riqueza y su elegancia; como muestra, pueden verse las que en esta página reproducimos.

Para disputarse el Gran Premio, de 100.000 francos, habíanse inscrito diez y ocho caballos, de los cuales se retiraron dos; la lucha entre los diez y seis restantes fué reñidísima, habiendo triunfado por fin el caballo *Basse-Pointe*, del señor de Saint-Alary, que hizo de un modo brillante la carrera de 2.600 metros.

Aquella misma mañana habíase efectuado la venta de «la florecita» á beneficio de la Cruz Roja y para socorro de los heridos militares de Marruecos. La cuestación, de la que se encargaron señoras y señoritas de la más alta aristocracia, dió un resultado magnífico. — R.



Falda blanca con adorno verde y sombrero del mismo color.—Falda de seda cruda con franjas, cinturón negro y sombrero con plumas de avestruz; falda de encaje blanco, con adorno negro y sombrero de plumas de avestruz.—Vista del pesaje



Lago en los Apeninos, cuadro de H. Estevan



Bosques de Itri, cuadro de Enrique Serra



El desquite, cuadro de José Bermejo



En el coro, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

D. ALBERTO BERNIS

En plena actividad, cuando tenía organizada ya la próxima temporada del Liceo, ha fallecido repentinamente en esta ciudad el conocido empresario de teatros D. Alberto Bernis.

De él puede decirse que había nacido para el teatro: laborioso, inteligente, emprendedor, á él deben los aficionados



D. Alberto Bernis, inteligente empresario de teatros fallecido en Barcelona el día 20 de los corrientes. (De fotografía de A. y E. dits Napoleón.)

barceloneses los mejores espectáculos que en nuestra capital se han visto y las compañías más notables de declamación y de canto que aquí han funcionado.

Muy joven todavía fué empresario del teatro de Novedades formando una compañía dramática al frente de la cual figuraba el eminente actor Antonio Vico, y poco después, quedóse en arriendo con el teatro Principal en donde reunió un cuadro artístico de primer orden, del que formaban parte Elisa Bol-dún, Fabiana García, Rafael y Ricardo Calvo, Domingo García y Donato Jiménez. De aquellas temporadas guardan indeleble recuerdo cuantos pudieron admirar, representadas de una manera imponderable, las mejores obras del teatro castellano antiguo y moderno.

Entonces montó Bernis *La redoma encantada*, con inusitada esplendor: el estreno de la hermosa comedia de magia de Hartzenbusch fué un verdadero acontecimiento; el número de representaciones consecutivas pasó de ciento y ni una sola noche dejó el público de llenar el teatro.

Montó luego, con más lujo, si cabe, *La magia nueva*, cuyo

labor al frente de nuestro primer teatro lírico superó aún á la realizada en nuestro primer coliseo dramático: todas las eminencias del mundo musical han ido desfilar por aquel escenario; todas las óperas que con buen éxito se estrenaban en el extranjero han sido en él puestas en escena, gracias al empeño que siempre tuvo Bernis de que nuestro Liceo estuviese á la altura de los primeros teatros del mundo.

Digno coronamiento de su obra fueron las representaciones de la tetralogía wagneriana *El anillo del Nibelungo*, empresa de extraordinaria magnitud que Bernis, llevado de su amor al gran arte y de su cariño á Barcelona, realizó con una abnegación y un desinterés que nunca serán bastante ponderados y



Barcelona.—Las «Musettes toulousaines» en el Museo de Bellas Artes

(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

agradecidos. Antes que muchas otras grandes capitales, París inclusive, pudo la nuestra oír en su integridad y cantada por famosos artistas la obra sublime del inmortal genio de Bay-reuth; los filarmónicos barceloneses no olvidarán nunca el nombre del que no perdonó esfuerzo ni sacrificio alguno para proporcionarles el goce intensísimo de aquellas veladas que quedarán como grandes solemnidades en los anales teatrales de Barcelona.

Dotado de un carácter afable, caballeroso, Bernis gozaba de unánimes simpatías; su muerte ha sido sentidísima en esta ciudad, produciendo hondo pesar á cuantos con su amistad nos honrábamos. ¡Descanse en paz!

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA al rendir á su memoria este modesto pero sincero homenaje, envía á su familia el más sentido pésame.

BARCELONA. — LAS «MUSSETTES TOULOUSAINES»

Una caravana de 50 señoritas pertenecientes al Orfeón de Tolosa y que forman parte de la asociación de las «Musettes toulousaines», ha estado recientemente en nuestra ciudad. Las excursionistas, acompañadas del Sr. Leger, director del orfeón mencionado, visitaron los principales museos y monumentos de Barcelona y cumplieron al alcalde accidental señor Serrallara, quien, en unión de varios concejales, las recibió en las Casas Consistoriales; cambiáronse afectuosos discursos y en el Salón de Ciento las *Musettes toulousaines* cantaron algunas piezas populares, que fueron muy aplaudidas. También

hicieron una visita á la Sociedad de Atracción de Forasteros, en donde se las obsequió con un vino de honor.

MONUMENTO AL CAUDILLO INDIO BLACKHOW

Hace poco se ha inaugurado este monumento erigido en lo alto del Nido de Aguila, en el Oregon (Estados Unidos), á la memoria del caudillo indio Blackhow. La estatua, que tiene 48 pies de alto y se levanta sobre una roca de 250 pies de altura, es obra del escultor Lorado Taft.

El caudillo Blackhow tomó parte, como jefe de los indios Zorras, en la guerra de 1812, luchando al lado de los ingleses; fué el primer hombre rojo que comprendió el peligro que para los suyos entrañaba el avance de los blancos y procuró evitarlo por todos los medios, con las armas y con los tratados; pero á pesar de sus esfuerzos no logró detener el curso



Marsella. Fiestas provenzales.—Señoritas en traje de arlesianas rodeando el busto de Mistral. (De fotografía de Rol.)



Monumento erigido en Oregon (Estados Unidos) al caudillo indio Blackhow. Obra de Lorado Taft. (De fotografía de R. Fuchs.)

de los acontecimientos, ni impedir que poco á poco sus enemigos se apoderasen de sus territorios y extinguiesen ó poco menos su raza.

decorado, como el de *La redoma*, de Soler y Rovirosa, y cuyo atrezo fueron destruidos por un incendio en Madrid.

Bernis no se arredró ante aquella catástrofe y tras una excursión artística, poco afortunada, á Cuba y á los Estados Unidos, regresó á esta ciudad, estrenando entonces, en el mismo teatro Principal, la ópera *Alda* con éxito extraordinario.

Encargóse luego de la empresa del Liceo, que ha tenido, con cortas interrupciones, durante cerca de treinta años. Su

MARSELLA. — UNA FIESTA PROVENZAL.

En el parque de la exposición de Marsella se ha celebrado últimamente una fiesta provenzal, alegre y pintoresca como todo lo que recuerda aquella hermosa región del Mediodía de Francia. Hubo concierto, evoluciones de la célebre Tarasca, juegos y danzas populares, desfile de tamborileros y tocadores de pífano, y coronación del busto de Mistral.

LA COLECCIONADORA

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN)

III

Aquel sábado Laty llegó á casa de los Ferronnaye antes que Antonio y encontró á las dos mujeres más inquietas aún que de costumbre. La madre era presa de los tormentos de la jaqueca que frecuentemente padecía y que revestía en ella una forma aguda, como de un gran dolor de muelas pero en el ojo y en el cerebro. Resistente en extremo contra el dolor físico no tomaba cerebrina más que cuando había de recibir á alguien; así es que acogió la llegada de Laty como una especie de redención porque le sirvió de pretexto para tomar una doble dosis de aquel calmante. Por otra parte, la presencia de Laty le era grata; á su lado había sentido esa seguridad que ciertos seres inspiran.

Reconoció en Carlos Jorge todas las felices cualidades de los que han nacido para víctimas y sabía, por instinto, que el hombre á quien adoraba necesitaba víctimas; pero seamos justos, también le agradaban la boca infantil, el alma inocente del grabador. Cuando se percató de que éste amaba á Jacobita, sintióse casi alegre; pronto, sin embargo, apoderóse nuevamente de ella el miedo, ese miedo á los acontecimientos, fuesen cuales fueren, que su destino borrascoso había hecho nacer en su corazón. A fuerza de ver zozobrar la barca de Ferronnaye hubiera debido hacerse fuerte contra el azar y aceptar esa incógnita que, con un esposo como el suyo, surgía continuamente de las circunstancias; pero lejos de esto, cuanto más se multiplicaban las peripecias, tanto más ella huía y más le hacían temblar los campanillazos. En el fondo, empero, un matrimonio entre su hija y Laty no le disgustaba; los desesperados esfuerzos de su marido para alcanzar la fortuna habían hecho que ésta fuese de testable á sus ojos.

Desde el primer momento comprendió que Laty no tenía necesidades y que su talento le proporcionaría recursos suficientes é inagotables; por otra parte sabía que Jacobita estaba dotada de un alma sencilla y que jamás le gustaría la sociedad, fuente de toda la locura femenina. Y cuando pensaba todo esto, aquel Laty, con sus ojos frescos y sus labios rojos, indicios de buena sangre, y con su abnegación que sería enteramente para Jacobita, convertíase para ella en el puerto de salvación. Solamente hubiera querido que el suceso se realizase más tarde, y hubiera querido esto no por un motivo preciso sino por espíritu de contemporización, por miedo á esos apresuramientos en que Antonio consumía sus días y sus noches. Y temiendo que pudiera sobrevenir alguna circunstancia imprevista, había resuelto substraerse á ella la primera vez que pudiese hablar con Carlos Jorge.

Cuando entró el grabador, parecióle que aquella era la ocasión favorable; Ferronnaye le había telegrafiado que no iría á su casa hasta los ocho y ella sabía perfectamente que no estaría en su casa antes de las ocho y cuarto, porque su marido parecía tener por

ley de conducta el retraso, un retraso «puntual.» Irene pretextó una orden que había de dar á su camarera y salió unos instantes para tomar sus *cachets* de cerebrina. Era la primera vez que Carlos Jorge se

misterioso que forma ramilletes de flores en la luz? Cuando yo era niño, esta idea me acosaba de continuo..., y de ella conservo algo todavía.

—Pues yo, replicó Jacobita como ensimismada, que no he tenido nunca miedo de noche, lo he sentido al contemplar ciertos crepúsculos... Antes yo era devota..., á la española, como decía mi padre, y para mí esos torrentes de fuego, esos hornos, esos inmensos incendios eran el infierno... Hasta llegué á ver cómo se quemaban en él los condenados.

—¡Qué raro! Figúrese usted que yo no he sentido jamás la impresión de verdaderos fuegos; ante esos colores violentos he experimentado siempre la sensación de una frescura exquisita..., la frescura del agua de las nieves..., y sin duda por esto los crepúsculos se me han antojado jardines...

Callóse. Uno y otro habían sentido el placer de la imagen contraria que de la misma cosa se formaban, y por espacio de unos segundos sus miradas se cruzaron, produciéndoles una sensación dulce como el roce de dos rasos.

El joven quedó como atontado de admiración.

Entró en esto la señora de Ferronnaye, quien dirigiéndose á su hija le dijo:

—Jacobita ¿no querrás cogernos un ramo de tus *Princesa Corisanda*?

Jacobita se levantó y encaminóse al jardincito para cortar algunas rosas de color de púrpura.

—Quería hablar con usted, dijo Irene á Carlos Jorge, y espero que será usted franco conmigo... ¿Ama usted á mi hija?

Ante la brusquedad de aquella pregunta, el grabador quedóse consternado y, presa de gran espanto, balbuceó:

—Señora, crea usted que no me he atrevido á alzar mis ojos hasta la señorita Ferronnaye.

—No es esto lo que le pregunté, repuso la dama con viveza; ya sé que es usted un hombre digno. Es preciso que conteste usted concretamente.

—Apenas me atrevo, murmuró Carlos Jorge en voz baja; es casi un secreto para mí mismo.

—Esto es cuanto deseaba saber, dijo Irene sonriendo melancólicamente.

—Señora, añadió con acento febril, tenga usted la seguridad de que nunca he concebido la más pequeña esperanza.

—¿Y por qué?, exclamó Irene asombrada.

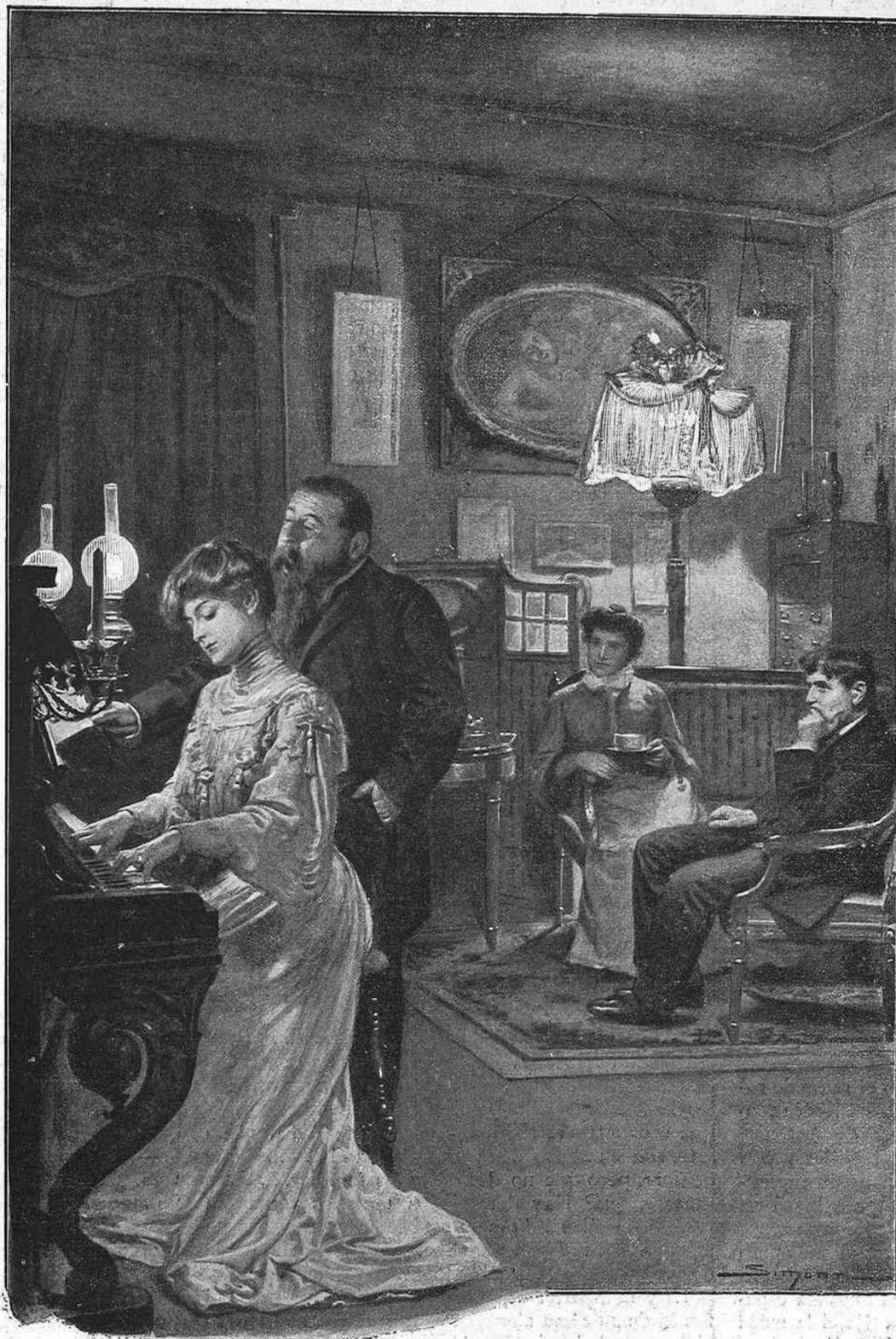
—Porque no me considero digno de la señorita Ferronnaye... Además será rica..., y ustedes tienen el derecho de ser ambiciosos.

—¿Quién sabe si será rica?, replicó la señora de Ferronnaye con acento dolorido.

—Lo será seguramente, porque el Sr. Ferronnaye *ha de triunfar*...

Irene clavó en él una mirada conmovida, la mirada de la esposa enamorada aún de su marido después de veinte años de matrimonio, y respondió con voz apagada:

—*Ha de triunfar*, sí. Sé que reúne todas las cuali-



Ferronnaye cantó con voz conmovedora...

hallaba á solas con Jacobita, y tan emocionado se sintió que sus miembros quedaron paralizados; durante un momento, hubiérale sido imposible levantarse de su asiento. Y experimentó la extraña impresión de que la joven era más bella estando sola con él.

Era una tarde de mayo; una claridad vaga envolvía á la joven, y aquellos rayos de luz entremezclados de penumbra armonizaban de un modo singular con aquella virgen mate y frágil cuyos cabellos formaban como una aureola de tinieblas sobre el nacarado esplendor de su cara. Jacobita tenía una gracia casi lastimera, esa gracia de las muchachas débiles pero bien cinceladas y rimadas por la naturaleza que parecen implorar la salud y la fuerza del hombre para realizar una obra perfecta. Y Jorge tenía ciertamente esa fuerza y esa salud.

Cuando se hubo serenado algo, el grabador rompió el silencio:

—¿No es verdad que el crepúsculo parece un ser

dades necesarias para ello; pero en casa de mi padre primero y con él después he aprendido que las cualidades no bastan; que se necesita suerte. Pensar en la fortuna de Jacobita, hacer depender su porvenir de esa telaraña sería una locura... Tiene diez y nueve años, y en el estado actual de los negocios de mi marido confiese usted que si Antonio ha de hacer fortuna no será antes de diez años. ¿Y entonces qué?.. No, Jacobita es pobre, tan pobre como usted; y aun usted tiene la certeza de su talento, al paso que ella carece de dote... Entre nosotros, Sr. Laty, no puede haber cuestión de dinero.

Carlos Jorge la escuchaba asombrado aunque sin esperanza, y cuando Irene calló, cuando la vió titubear, bajó la cabeza aguardando el golpe que ella iba a asestarle.

—No hablo solamente en mi nombre, siguió diciendo Irene. Mi esposo no busca dinero para nuestra hija; espera hacerle él mismo su fortuna y quiere dejarla libre... De modo que, como usted ve, no negaríamos la mano de Jacobita a un hombre digno que fuese amado por ella.

—¿Qué fuese amado por ella?, dijo humildemente Carlos Jorge... Señora, no soy presuntuoso y sé que su hija de usted no puede amarme.

—¿Y por qué?, exclamó Irene con acento de protesta.

El grabador la miraba con ojos extraviados; ante la idea de que aquella señora no le juzgaba indigno de Jacobita, fué presa de una especie de delirio, y cogiendo la mano de Irene depositó en ella un beso de esclavo.

—Señora, dijo, sólo por escuchar estas palabras hubiera sufrido gustoso cualquier tormento.

Irene se conmovió y comprendió que ningún hombre podría amar de un modo tan absoluto a Jacobita.

—No tenemos más que un momento, dijo espiondo por los cristales a su hija que estaba terminando el ramo. Lo que yo quería pedir a usted es que tuviese paciencia, que esperase la mayor edad de Jacobita. Mi hija está algo delicada y, además, quisiera yo ver antes menos insegura nuestra existencia... Creo que ella le amará a usted, pero ¿quiere usted esperar dos años?

—¡Quiero todo lo que usted quiera!, respondió con humildad Carlos Jorge.

Mientras esto decía sintió como un sufrimiento repentino y tan agudo que le hizo palidecer y llenó de lágrimas sus ojos.

—Señora, dijo anhelante, lo que acaba de suceder entre nosotros me ha cogido de sorpresa y como nunca pude soñarlo he olvidado ciertos pormenores de mi vida que tal vez desagraden a usted... No exponerlos ahora mismo sería una traición... Soy un hijo abandonado; mi madre se suicidó y la mujer que me ha educado lo ha hecho por pura caridad.

—Ya lo sabíamos, contestó Irene... Pero aunque fuese usted un expósito, para nosotros sería igual.

Carlos Jorge no pudo replicar; la emoción le ahogaba. Aquellas palabras le ligaron para siempre a la familia del editor y la mirada en que envolvió a la señora de Ferronnaye fué de terrible gratitud.

Jacobita entró llevando en la mano el ramo de rosas, y al mismo tiempo abrióse la verja del jardín apareciendo por ella la figura corpulenta de Antonio. Este estaba agitado, encarnadas las mejillas y con ojos de mal humor; pero apenas se halló en presencia de las dos mujeres y de Carlos Jorge, adoptó un aire de victoria. Su esposa le interrogó con la mirada y él se echó a reír, primero forzosamente, pero luego de un modo franco y exclamó:

—¡Fracaso en toda la línea!.. Pero grandes esperanzas para el lunes. ¡Triunfaremos!.. ¡Ea, a la mesa y nada de negocios!.. Desde la tarde del sábado hasta la mañana del lunes, la consigna es rigurosa: tenemos treinta y seis horas de alegría.

El editor sólo mentía a medias. La naturaleza le había dotado de una gran facilidad de desdoblamiento. Cuando las preocupaciones no eran demasiado violentas, cuando el sábado por la tarde no veía inminente la catástrofe, desde los primeros bocados y desde los primerossorbos de vino recobraba toda su animación; pero aquella tarde permaneció algún tiempo pensativo y ceñudo. Al poco rato, sin embargo, la alegría del vino disipó la melancolía de su alma amante de aventuras, y entonces expuso multitud de proyectos, todos prácticos pero ninguno realizable sin dinero. El de Dufay le tenía subyugado.

—Este negocio me hipnotiza, dijo, y cuando algún negocio me hipnotiza es negocio seguro... Tal vez no tengo más que el olfato, pero lo tengo admirable... Lamure se porta como un necio.

Animóse con una copa de Château-Yquem y prosiguió:

—Soy un hombre a quien han faltado siempre sesenta ó setenta mil francos líquidos, limpios; si los

hubiese tenido la situación se habría salvado, pero nunca he podido pescarlos a pesar de haber realizado milagros para ello. En el fondo, siempre he trabajado sin capitales; bastante he hecho, pues, estableciendo mi casa y haciéndola famosa... Pero el descuento, mejor dicho, la usura, porque he sido víctima de todas las artimañas del descuento aventurado, la usura ha consumido siempre mis beneficios. Si poseyese todo lo que he pagado de más por esta causa, tendría doscientos mil francos de reserva y yo haría fortuna con la misma facilidad con que me trago ese bocado... ¡Mas no importa! Estoy tramando una combinación para llevar adelante, a pesar de todo, el negocio de Dufay, y para ella cuento con usted, Laty.

—¡Bien poca cosa es!, respondió Carlos Jorge.

—¡No se rebaje usted así! ¡Usted ha de valer su peso en oro!

A eso de las nueve, llegó el último correo, que Ferronnaye hizo dejar en el salón Irene, al verlo se estremeció; el correo le daba miedo, como lo da a los que habitan en una quinta solitaria el ruido de pasos en la terraza durante la noche. También temía Antonio al correo nocturno del sábado, por más que en él este temor estuviese siempre mezclado con una esperanza de lotería.

—¡Ya leeremos todo esto mucho más tarde!, exclamó.

La velada fué deliciosa para Carlos Jorge, que se embriagó de belleza y de música. Ferronnaye cantó con voz conmovedora; tenía el sentimiento de la música como un *tzigane* y de su pecho salieron acentos patéticos y clamores de esperanza y de valor. Y Jacobita recorriendo el teclado del piano con dedos ora ágiles ora soñadores, realizaba sus encantos naturales con toda esa vida que sólo la música sabe sacar del mundo inerte, con todos esos ritmos que hacen que lleguen hasta nosotros las voces obscuras de la materia. Laty la contemplaba aún más subyugado por aquellas exquisitas ondas de armonía, y en algunos momentos casi perdía la conciencia de su personalidad y se sumía en una especie de panteísmo magnífico y tierno.

Era costumbre en casa de Ferronnaye, cuando no había más que uno ó dos invitados, que las señoras se retirasen temprano; así es que poco después de las once Carlos Jorge y el editor se quedaron solos.

—Ahora un vistazo a la correspondencia, dijo Antonio. He querido evitar este mal rato a mi pobre Irene que tiene horror a las cartas.

Abrió algunos sobres y su semblante se oscureció.

—¡La serie negra!.., murmuró. Vallages, en quien había yo cifrado alguna esperanza de que tomaría la mitad de la comandita con Lamure, se excusa; aunque lo suponía, abrigaba cierta confianza... porque hay que confiar siempre... ¡Ah, si no fuese esa vieja loca!..

Hasta entonces no había hablado delante del grabador de su entrevista con Isabel Ferronnaye; pero aquella noche, las palabras salieron de su boca a pesar suyo.

—¿Comprende usted?, dijo con rabia... El Estado, esa ficción imbécil... los museos, esos cementerios de cuadros, esas necrópolis de chucherías, van a ser los dueños de mi fortuna. Porque ¿no es verdad, Laty que esos acaparamientos, esos *trusts* de la obra de arte, son un abuso? En primer lugar, el Estado, que compre, pero que no despoje a las familias... ¿Y los museos, qué? Hay demasiados, tenemos verdadera plétora de ellos... Francia está llena con exceso de museos y los museos están llenos con exceso de obras de las que no saben qué hacer...

Laty compartía aquella indignación, pues en el fondo de su alma alentaba ese horror a todo lo oficial que le había inculcado su madre adoptiva. Aun siendo como era tan profundamente social, tan á propósito para obedecer las reglas que son la garantía de las colectividades, el joven grabador había sufrido la influencia de las dos personas «fuera de la ley» que habían dominado su infancia y su adolescencia: Ana, a quien horripilaba todo cuanto se relacionaba con la justicia, y Bourru que sentía todo el desprecio de un bohemio por las cosas del código ó del protocolo. De aquí que Carlos Jorge, que era un ser perfectamente inofensivo, todo lo contrario de un carácter rebelde allá, en lo más íntimo de su conciencia considerase como legítimo todo lo que se hiciera contra el Estado; no habría robado por su propia cuenta una baratija del Louvre ó del Luxemburgo, pero le habría parecido muy natural que otros lo hicieran, del mismo modo que consideraba equitativo cualquier fraude de aduana ó cualquiera falsa declaración al fisco. Aquellos sentimientos habrían podido ser destruídos fácilmente y para siempre en unas cuantas conversaciones con un hombre admirado y amado; Carlos Jorge, sin embargo, no había encontrado a ese hombre y los rudimentos de moral cívica recibidos en la

escuela habían sido dados de una manera demasiado vaga, somera é impersonal para que pudiesen influir suficientemente sobre él. De suerte que aquel joven que respetaba profundamente la propiedad ajena, era capaz, en un acceso de abnegación, de realizar un atentado contra la *propiedad administrativa*.

Ferronnaye, comprendiendo la simpatía de su interlocutor, siguió diciendo:

—¡Pensar que mi pobre Irene, que mi querida Jacobita van a ser despojadas para que se añada una nueva sala a tantas salas ya inútiles, en donde las arañas tejen sus telas!.. Diga usted ¿no clama esto al cielo?

—¡Es abominable!, respondió sinceramente Carlos Jorge.

—¿Verdad que sí?, exclamó el editor tirando rabiamente su cigarro... Mire usted, Laty, yo que soy incapaz de coger una fruta de un jardín ajeno...; pues bien, si supiese un medio de robar impunemente ese testamento inicuo, no vacilaría un segundo... Y aun voy más lejos; si el riesgo no fuese muy grande... ¡qué diantre!, lo arrostraría.

—Y no sería yo quien le censurase a usted, replicó el grabador con vehemencia.

Sus ojos se encontraron y Antonio vió en los de Carlos Jorge una abnegación tan absoluta, que se sintió hondamente conmovido hasta el punto de saltarse las lágrimas. En la historia de los crímenes y de los heroísmos, ¿quién es capaz de contar cuántos han sido obra de abnegados? Éstos nada han decidido, nada han resuelto, y sin embargo, ¡cuántas veces el acto del emperador, del tribuno, del asesino, tiene su origen en una de sus palabras! Ferronnaye, que, desde hacía tres semanas, se irritaba en vano contra su tía, tuvo entonces por vez primera un presentimiento extraño de lo posible, y dejando que su alma se desbordara, púsose a hablar al azar, con la misma seguridad que si hubiese simplemente *meditado*.

—Sí, arrostraría el riesgo. Pero ¿qué probabilidades tengo de poder arrostrarlo? Aunque se pudiera substraer el documento, si la vieja se percatase de ello, todo habría sido inútil... A no ser que...

Interrumpióse, dió algunos pasos presa de gran exaltación y prosiguió:

—El paquete debe de estar lacrado... Tal como es ella, jamás lo abrirá; de modo que si pudiera abrirse el sobre y meter en él un papel blanco en substitución del testamento... ¿Eh, qué le parece, Laty?.. ¡No sería chasco el de ese pillo del Estado!

—Pero ¿cómo no ha confiado el testamento a un notario?

—¡Yo qué se! ¡Es tan maniática! Debe de estar convencida de que a última hora podrá arreglarlo todo a su antojo. Apostaría la cabeza a que no ha previsto el caso de una muerte repentina... ni siquiera rápida. En realidad nunca está enferma y desde que la conozco no la he visto ni indispuesta...

—Dispense usted, el otro día tuvo un desvanecimiento... Su vieja criada, que es algo charlatana y a la que escucho con complacencia, me lo ha contado... Cayó al suelo y parece que tardó más de un cuarto de hora en recobrar el conocimiento... Por lo demás, no dió importancia a la cosa y ni siquiera quiso que se llamase a un médico.

—¿Qué me dice usted?, exclamó Antonio con viveza. Mi abuelo murió paralítico a consecuencia de un ataque de apoplejía y mi padre sucumbió a dos congestiones cerebrales... Y ninguno de los dos, lo mismo que la vieja, había estado nunca enfermo... Esto es una indicación...

Sirvióse una copa de kummel y se quedó pensativo; las sienas le ardían y sus manos se agitaban.

—¿Y el grabado del cuadro de Díaz, adelanta?, preguntó al fin.

—No, contestó Carlos Jorge; ya puede usted suponerlo teniendo en cuenta el trabajo que he debido hacer para usted... Apenas puedo dedicarle una sesión por semana... y voy muy despacio porque deseo hacer una cosa bien hecha.

—¿Dónde trabaja usted?

—En el gran salón.

Ferronnaye vaciló, turbado a pesar de todo; pero al fin dijo en voz baja y desviando los ojos:

—¿Le dejan a usted solo?

—No siempre; á veces la criada me lleva algún refresco y me cuenta sus cuitas, hablándome de su reumatismo y de su familia que la explota. Cuando la señorita Ferronnaye está en su casa, va y viene y se complace en echar una mirada a mi trabajo, por el que me ha felicitado.

—En resumen, ¿está usted alguna vez una hora enteramente solo?

—Sí.

Hubo una larga pausa. Ferronnaye estaba sumamente agitado; tenía la frente empapada en sudor.

Dos ó tres veces tartajó un comienzo de frase; pero siempre se interrumpió como espantado. De pronto adoptó el partido de no decir nada *todavía* y mudando de conversación, habló de un libro próximo á publicarse, un libro de un autor joven en el que cifraba algunas esperanzas.

—Un muchacho del barrio, dijo, que tiene un ofato maravilloso, que huele su público como el asno su establo... Algo escaso de inspiración todavía, pero brillante... En fin, un libro que tendría gran salida si no fuese menester gastar tanto en reclamo; yo no puedo destinar á este capítulo más que un billete de mil y al precio que hoy se pagan estas cosas no es mucho... Me ha prometido moverse por su cuenta..., ver á los arcontes... Parece que tiene multitud de reclamistas de salón...

Hablaba distraídamente y de cuando en cuando miraba fijamente á Laty. Al despedirse de éste dijo le con forzada sonrisa:

—Conque, mi querido Laty, esté usted al corriente, si es posible, de cuanto hace mi tía; no se sabe nunca lo útil que puede ser un dato en el noble juego de bolos de la existencia...

Carlos Jorge atravesaba pensativo las enlodadas calles de París. El cebo que le había echado Ferronnaye le hipnotizaba; no sabía en modo alguno lo que podría hacer, ni si podría hacer algo; pero lo que sí había comprendido era el estado de alma del editor. Y este estado de alma no le asombraba, porque por naturaleza estaba aún más dispuesto que el mismo Ferronnaye á ver un despojo inexcusable en el acto de la vieja solterona: Antonio estimaba este acto abominable, por ser él parte interesada, de modo que si otro hubiese sido desheredado en las mismas circunstancias, habría escuchado sus lamentos con absoluta indiferencia; Carlos Jorge, en cambio, se habría indignado de igual manera. Y es porque el huérfano, aparte de su odio oculto contra el Estado, tenía un sentimiento exaltado de la familia; esos vínculos de la sangre, que él no había conocido, parecíanle tan poderosos, tan tenaces, tan dulces, que no concebía que pudiesen ser desdeñados. El amor que profesaba á su madre adoptiva, el vigoroso afecto que había puesto en Anatolio Bourru, eran como pálidas imitaciones del amor filial ó paternal. Y partiendo de estos principios, entendía que la vieja Isabel Ferronnaye, sin más familia que Antonio, sin amigos, no podía desheredar á su sobrino sin cometer un crimen, sobre todo cuando el sobrino tenía las cualidades que Laty atribuía á su protector...

Y á la luz vaga y oscilante de los reverberos el corazón de Carlos Jorge derretíase en una voluptuosidad de sacrificio y de sumisión.

La imagen de Jacobita iba y venía por su cerebro; veíala casi tan precisa como en la estancia alumbrada por la claridad crepuscular, entre los violentos perfumes de los claveles, y á veces la visión era tan viva, que le abrumaba como una carga. Entonces se detenía sofocado, examinaba el rincón de la ciudad gris por donde iba y lo encontraba fantástico. Tres ó cuatro estrellas asomaban por entre las nubes, algún que otro transeunte con paso vacilante se deslizaba á lo largo de los muros; en la niebla percibíanse emanaciones de asfalto y Laty experimentaba durante un segundo ese asombro que de vez en cuando nos sobrecoge de vivir en un sitio sin saber desde qué tinieblas hemos llegado hasta él y de sentir palidecer esa lucecita incierta de la vida.

Ferronnaye estaba tan emocionado como él. Lo mismo que el grabador, no sabía lo que quería y mucho menos lo que *podría*; pero se encontraba en una de esas borrascas, en las que en el alma humana despierta todo lo aventurero y equivoco. Tantas veces se había visto al borde de la quiebra, acaso de la bancarrota, que había perdido todo escrúpulo.

Como esos ligeros muelles que al soltarse ponen en movimiento alguna máquina formidable, la desheredación había determinado la rebeldía de Ferronnaye, quien buscaba, sin ocultárselo ya á sí mismo, algún medio de reconquistar su perdida fortuna.

Sólo uno inmediato había: substraer el testamento y hacer encerrar á la solterona en alguna casa de salud. Antonio encontraba este proyecto absurdo..., ¡y sin embargo! Isabel Ferronnaye tenía fama bien ganada de maniática; su misma vieja criada la consideraba loca y entre todos sus proveedores, que unánimemente la detestaban, no había sobre este punto una sola voz discordante. No se le conocían amigos; todos la habían abandonado, cansados de sus rarezas y de sus brusquedades, y únicamente le quedaban algunas relaciones entre marchantes y aficionados, ninguno de los cuales, empero, mostraba por ella el menor interés. De manera que si podía hacérsela encerrar, merced á un golpe hábil y fulminante, nadie saldría en su defensa. Y la vieja era bastante excén-

trica y extravagante para que médicos y enfermeros cayesen en el lazo.

«Después de todo ¿no es loca?, gruñía Antonio sorbiendo el kummel. Cuando menos está tocada de la cabeza... Sí, pero la cuestión está en encontrar el hombre que lo certifique...»

Ferronnaye era de natural bondadoso y la visión de su tía loca de desesperación y de rabia le hizo daño.

«¡Pero mi mujer y mi hija!, añadió rebelándose... Mi acción, al fin y al cabo, no sería más que un acto de legítima defensa...»

Porque llegaba á ver un ataque en la conducta de Isabel; lo que ésta hacía no era una desheredación sino una captación. De pronto, ocurriósele una idea menos cruel:

«En el fondo ¿no podrían reunirse en secreto testimonios..., hacerla examinar sin que ella se diera cuenta..., obtener un certificado de médico sin por esto encerrarla en una casa de salud..., dejarla libre bajo la custodia de su anciana criada?.. En este caso, si se substraía el testamento y la solterona hacía otro, como éste sería de fecha posterior á *la locura* no tendría valor alguno.»

Y apurando distraídamente copa tras copa de kummel, apasionóse por aquel «plan» sucediéndose en su cerebro las ideas con la velocidad vertiginosa y el cinismo que les comunica la embriaguez.

Los cerebros como el de Ferronnaye se adaptan maravillosamente al alcohol. El editor veía en relieve cada uno de los pasos que habría que dar, con la fisonomía de los seres y sus propios gestos, y se reía nerviosamente.

«En medio de todo, se decía, todo esto es más inocente que cualquiera de los dramas al uso. Que todo el mundo, menos ella misma, crea loca á la vieja ¿qué mal hay en ello?, ¿á quién se perjudica con ello, como dicen los picapleitos?»

De pronto pensó que la tía Isabel no tenía médico; bastaría, pues, ponerla en relación con un hombre escogido, hipnotizable. ¿Por qué no el médico de los Ferronnaye, personaje caprichoso, crédulo y precisamente propenso á ver en todas partes la locura, la neurastenia ó la degeneración.

Antonio bebió una última copa de kummel y murmuró:

«Será menester estudiar á fondo el código.»

IV

Estudió el código y varias obras de jurisprudencia y estos libros meticulosos y novelescos lejos de desalentarle avivaron sus deseos. En aquellas páginas áridas descubrió una preocupación tal de la familia, un cuidado tal en proteger el dinero *legítimo* contra la usurpación, que se aferró á la idea de que todo medio «no cruel» para combatir el despojo era honrado. Y como nada apremiaba, tomóse tiempo para llevar á cabo su plan.

Trazaba en torno de los proveedores de su tía una circunvalación inteligente y preparaba á su propia esposa para que le sirviera de instrumento: Irene había temido siempre la originalidad de la tía Isabel y Ferronnaye se dedicó á explotar este tema.

Poco á poco persuadió á su compañera de que la solterona daba señales de locura característica; habló de su desvanecimiento como de un principio de parálisis general, refirió una porción de anécdotas y de este modo puso á Irene en el terreno que quería y logró de ella que hiciera cerca de los proveedores algunas gestiones de exploración que se vieron coronadas por el mayor éxito.

Sea que, á medida que iba haciéndose vieja, Isabel, como les sucede á las solteronas, se volvía más maniática, sea que cada día se hiciese odiar más, es lo cierto que la señora de Ferronnaye no tuvo que hacer sino dar un poco de cuerda á los charlatanes para escuchar en todas partes acusaciones de excentricidad y de locura. Antonio consiguió que la acompañara una mujer que más adelante podría servir de testigo y que después de haber oído todas aquellas habladurías quedó convencida de que la tía era digna de ser encerrada en un manicomio.

Todas esas escaramuzas animaron á Ferronnaye quien comenzó á pensar en la trama de la comedia. La casualidad, en forma de una regular bronquitis, le sirvió de pretexto poniéndole en contacto con el médico.

El doctor Bargés era un ente original, descontento y volcánico, á quien la naturaleza había concedido una gran inteligencia, pero negándole los medios de servirse de ella. Tenía la comprensión tan rápida que en seguida pasaba por encima de las lecciones de la experiencia y de las explicaciones de los libros; su juicio era, por consiguiente, instantáneo y temerario. Tenía en sus neuronas una cantidad prodigiosa de

conocimientos, todos estropeados por la precipitación ó hechos infecundos por obstinaciones inexplicables.

Sobre su cara pequeña, con rayas de color de azafrán, descansaba una frente ridículamente grande, la frente desequilibrada de un Víctor Hugo ó de un hidrocéfalo; sus ademanes eran violentos pero sin energía, su voz ronca y su barba en forma de podadera estaba cubierta de pelos duros como los de un cepillo de dientes. Todo le había salido mal, incluso su deseo de poseer una cruz, y sin embargo, sus colegas conocían de él dos ó tres descubrimientos, simplemente bosquejados, pero curiosos y originales y á los que otros habían de dar formas viables; así es que no dejaba de gozar de cierta autoridad. Ocupábase mucho en las cuestiones más de moda: el crimen, la locura, el genio y la degeneración. Visitaba á los Ferronnaye desde hacía diez años y sentía simpatía por el editor.

—Esa bronquitis no es nada, dijo después de haber examinado á su paciente. Con un aparato pulmonar como el de usted no hay que temer gran cosa á esas pequeñeces... Sin embargo, encuentro á usted un poco cansado; trabaja usted con exceso ¿no es verdad?»

—Es cierto; trabajo horriblemente y no duermo ni cinco horas diarias.

—En este caso ¡cuidado con el mal americano!.. ¡Y cuidado también con los nervios!.. Además, si fuese usted franco, me confesaría que tiene usted un poco de afición á la bebida...

—En cuanto á esto no... Apenas si bebo cuatro ó cinco botellas al día y de cuando en cuando, á fin de semana, me permito regalarme un poco más.

—¡Alcoholismo!

—¡Se burla usted de mí!, exclamó Antonio. Soy de una familia en la que siempre se ha bebido regularmente... ¿No sabe usted que descendiendo de la Costa de Oro?»

—¡Peor que peor! Alcoholismo y por añadidura hereditario... La caja es de buena madera, pero si quiere usted que llegue á vieja, no le dé usted vino y déle, en cambio, sueño.

—Procuraré hacerlo así doctor, aunque, si he de hablarle con franqueza, la vejez extremada no me seduce; la decrepitud me repugna y los achaques me aterran..., y aunque sólo se manifestasen en forma de rigideces de muñeco ó de pérdida de la memoria, serían suficientes para hacerme poco simpática la que los antiguos calificaban de odiosa vejez... Si estuviese seguro de poder ir trampeando hasta los sesenta, sin afasia, sin parálisis, sin ataxia y sin otras plagas de esta calaña, no me privaría de una botella de vino ni de una copa de alcohol. La longevidad es un ideal de sapo ó de langosta.

—No opinará usted así cuando tenga cincuenta años; pertenece usted demasiado á la raza de alfeñique, á la raza de los que aman su pellejo para mantener enhiesta aquella bandera... Por otra parte, si usa usted asiduamente de los jugos excitantes, tendrá usted por lo menos que temblar ante las diabetés, las neurastenias y los reumatismos... ¡Ya está usted advertido!

¡Veremos dentro de dos ó tres años!, dijo Ferronnaye con la indiferencia del hombre que nunca ha guardado cama por enfermo... Y á propósito, doctor, quisiera pedir á usted un consejo.

Antes de iniciar aquel peligroso reconocimiento, tosió un poco y se sintió presa de cierta angustia; pero aquello duró poco. El temperamento de aquel hombre le impulsaba á portarse valientemente en el combate.

—Tengo una tía anciana, añadió con acento bondadoso, y me temo que esté en vías de volverse loca... Ha sido siempre maniática, pero con la edad los síntomas se agravan. En el fondo, á mí me es igual pues sus manías no la hacen peligrosa ni para ella misma, ni para los demás, por lo menos hasta ahora... Pero la cosa podría empeorar..., y yo sentiría ser responsable de cualquier accidente... El otro día tuvo un ataque que hubiera podido ocasionarle la muerte... Y se empeña en no llamar al médico, porque una de sus rarezas es no haber querido consultar con nadie acerca de su salud... Pues bien, yo quisiera saber en qué estado se halla.

—¿Y qué puedo yo hacer en esto?, preguntó Bargés.

—Esto es precisamente lo que me tiene perplejo. Mi deber es hacer reconocerla, ¿no le parece á usted?, y si del reconocimiento resulta que está enferma, será preciso que se deje cuidar... Esto es todo cuanto deseo. Por otra parte no quisiera que un advenedizo interviniese en el asunto; sentiría, por ejemplo, que la encerrasen en una casa de salud... en donde la pobre se consideraría horriblemente desgraciada...

(Se continuará.)

LOS LAGOS DE GUATEMALA, POR EDINE FRANCIS TISDEL

Casi aburrido de los encantos que proporciona la contemplación de las rías de Noruega, y más ó menos hastiado de la plácida belleza de los lagos italianos y del tosco esplendor de los de Suiza, el viajero, ya cansado, vuelve los ojos hacia otras regiones en busca de nuevas vistas donde el convencimiento de que las contempla por vez primera basta para revivir en su espíritu el entusiasmo característico de las primeras impresiones.

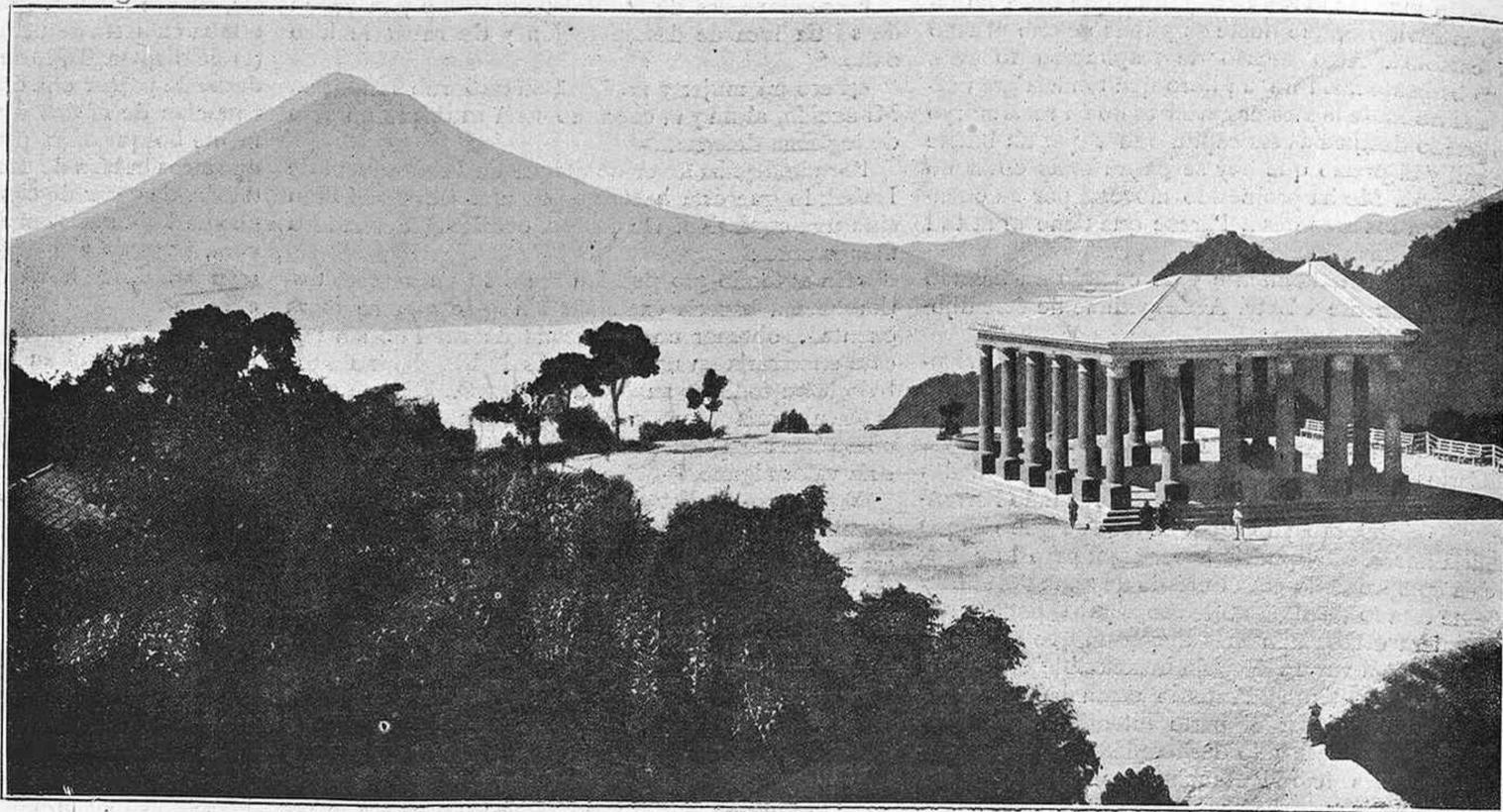
En ninguna parte del mundo puede admirarse un paisaje tan variado y encantador como el que las regiones de los lagos guatemaltecos ofrecen á los turistas. Difícil es determinar cuál es el más pintoresco de los cuatro grandes lagos, á saber: el Peten, situado hacia el Norte; el Izabal, cerca de la costa del Atlántico; el Amatitlán, próximo al ferrocarril central de Guatemala, á poca distancia de la ciudad de Guatemala y, por último, el Atitlán, anidado en las montañas y cercano á la costa del Pacífico. A pesar de que se diferencian bastante, cada uno de ellos posee sus encantos característicos de la localidad y del clima.

El lago Izabal está situado como á 50 millas hacia el interior, y hay una línea de vapores que hacen la travesía entre Livingston y Panzos, en la parte interior, por el río Polochic. Sin embargo, no utilizamos este medio de transporte usual, porque habían puesto una lancha á nuestra disposición.

En las diez primeras millas seguimos el curso circundante del río Dulce, cuya belleza sólo es comparable con la del famoso Saguénay. Por una de esas convulsiones terribles é inexplicables de la naturaleza, las montañas se han dividido, y el hermoso río sigue su curso majestuoso por cañones muy pintorescos hasta el mar. Las playas se aproximaban gradualmente, y no tardamos mucho en encontrarnos entre dos altísimas paredes verdes cuya elevación variaba desde 400 hasta 500 pies, ostentándose una exuberante vegetación

tropical y bellísimas enredaderas que se balanceaban al soplo de la refrescante brisa. En este punto las

se advertían eran los centenares de blancas y garbosas garzas, pájaros que surten de una variedad de



El lago Amatitlán y los volcanes de San Pedro

aguas parecían inmóviles y en su cristalina superficie se reflejaban con absoluta perfección de detalles cada

costosas plumas á esa dama caprichosa que se denominaba la Moda. De cuando en cuando pasábamos junto á los indígenas, que se deslizaban en sus piraguas conduciendo un racimo de bananos ó una sarta de pescado.

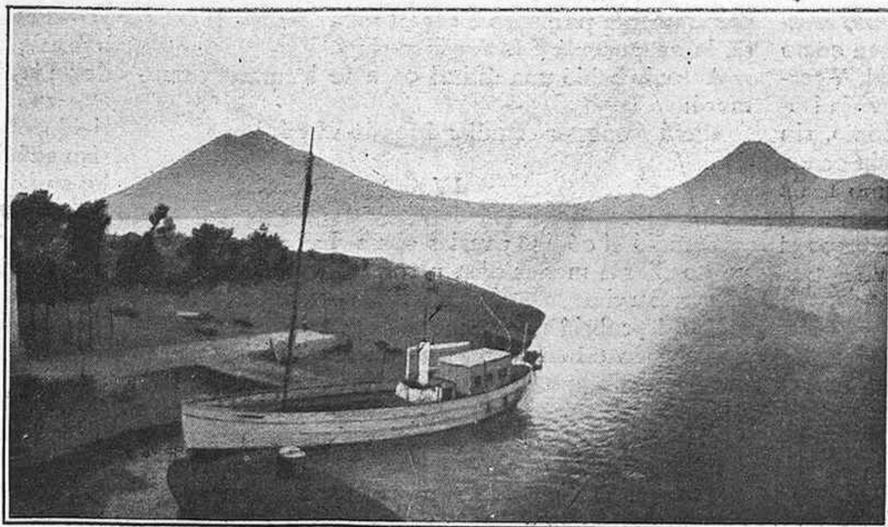
Alejábanse otra vez las playas, y entramos, pues, en el Golfete, bonito volumen de agua que tiene unas diez millas de longitud y que contiene muchas islas. Encontramos otro canal más ó menos angosto y, finalmente, entramos en el lago propiamente dicho. Entonces tuvimos ocasión de contemplar un cuadro tan hermoso como encantador, toda vez que allí las riberas cubiertas de bosques se elevaban gradualmente hasta las Sierras de las Minas, hacia el mediodía, y las montañas de Santacruz, hacia el Norte.

Ni la pluma ni el pincel pueden hacer cumplida justicia á la selvática belleza del río Polochic, y los que andan á caza de nuevas sensaciones pueden gozar allí del deleite que proporciona el viajar con perfecta seguridad á través de una selva

tropical donde los monos — siempre curiosos — y las pintadas cotorras, al ver á los turistas, se alborotan y charlan desde las ramas de los árboles, en tanto que, además, se encuentran cocodrilos con sus bocas abiertas de par en par, disfrutando de los rayos del sol.

Los indígenas de los distritos de Cobán y Peten utilizan esta ruta principal hacia la costa para conducir sus productos en canoas, río abajo, hasta el lago Izabal, y de allí á los mercados de Livingston.

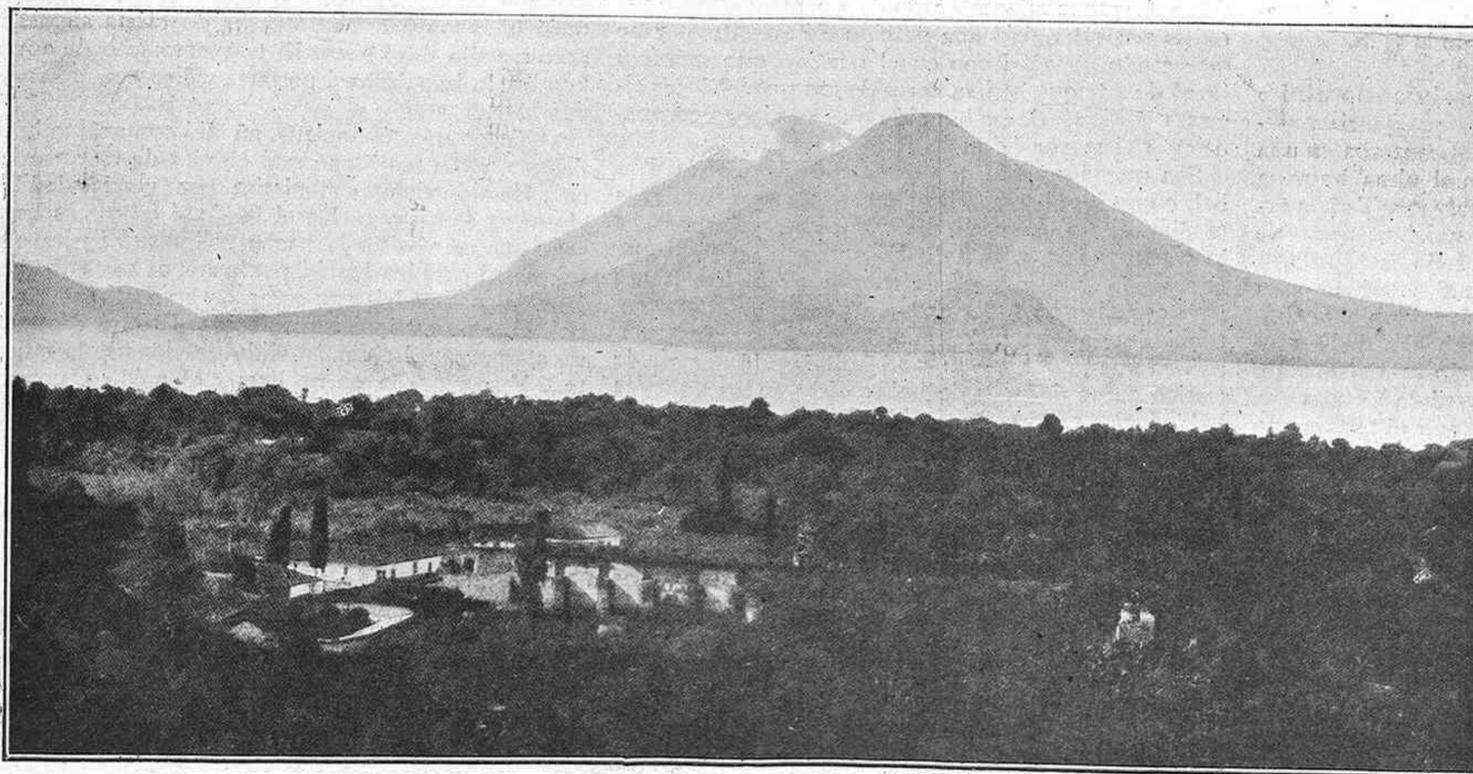
En la parte septentrional del país está el lago de Peten ó San Andrés, relativamente poco conocido, excepto entre los anticuarios. Rodeado de una región montañosa y casi despoblada de la República, acaso la más feraz de todas, no resulta de fácil acceso. El hermoso volumen de agua de que se trata tiene 27 mi.



Vista del lago de Amatitlán desde el pórtico del hotel

hoja y cada flor, y ningún sonido interrumpía el silencio que reinaba. Las únicas señales de vida que

podían gozar allí del deleite que proporciona el viajar con perfecta seguridad á través de una selva



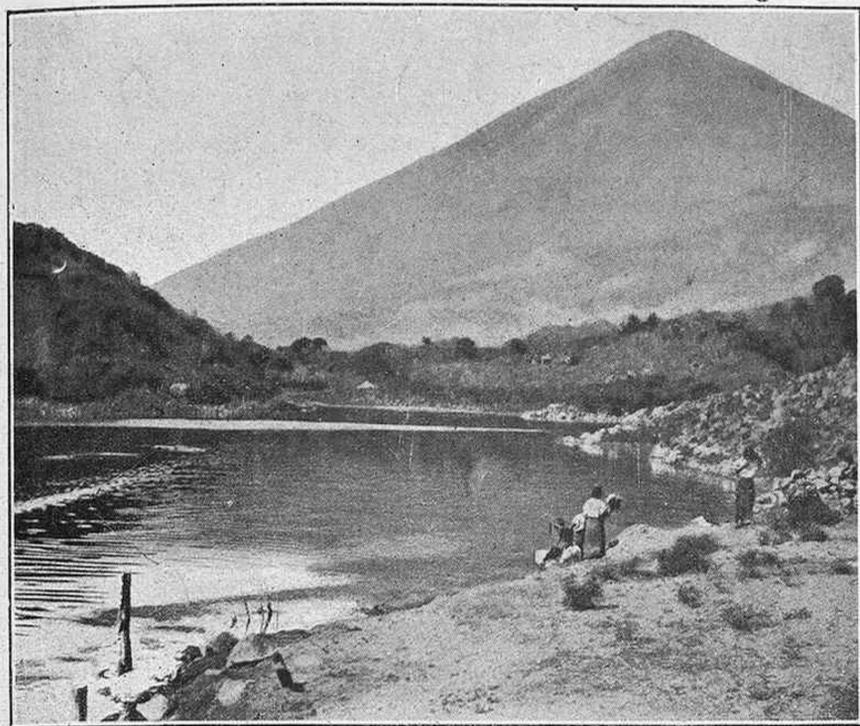
El lago Atitlán y los volcanes denominados «Fuego» y «Agua»

llas de longitud, un litoral de 70 millas y contiene un gran número de islas. En la mayor de éstas se ha fundado la población de Flores, que tiene como 15 000 habitantes. Cerca de este punto se hallan las ruinas de una ciudad que allí yace enterrada, donde

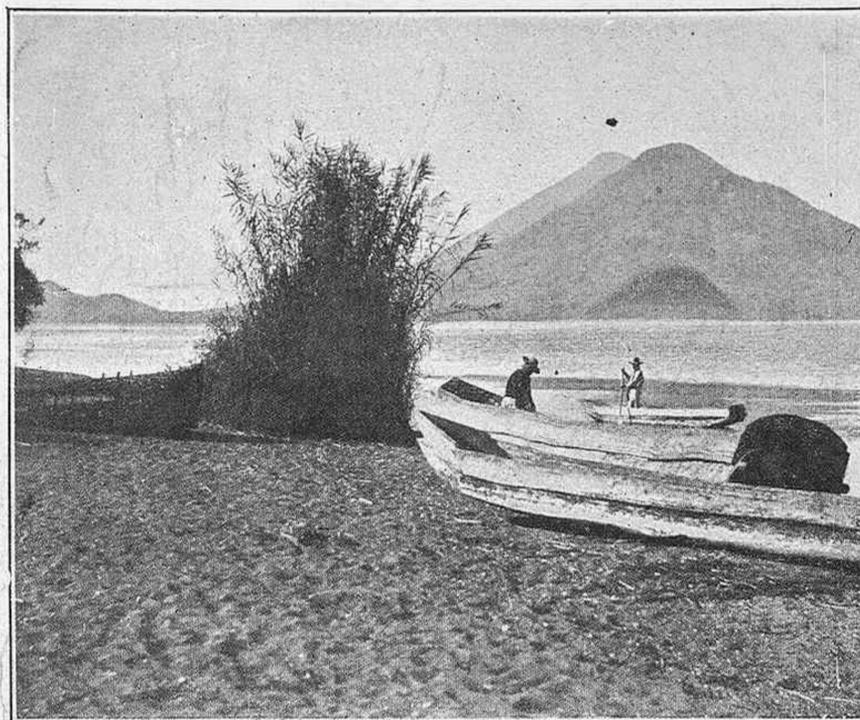
ferentes partes del mundo, pero jamás he visto ninguno más primorosamente bello que el de Atitlán, cuyo paisaje y clima no tienen rival. El turista queda recompensado con creces por las horas que viaja á caballo, único medio que actualmente hay para

cambia así la calma usual de las aguas y las convierte en una especie de océano.

Cumple advertir que hice esta excursión en circunstancias asaz extraordinarias, pues es lo cierto que viajé á caballo de noche, á la luz plateada y be-



En la región de los lagos



Piraguas de los indios de Guatemala

pueden verse imágenes de piedra y monolitos cubiertos de jeroglíficos que dan una idea de la historia—que no se ha leído aún—de un pueblo que habitó hace muchos siglos en medio de estas vírgenes selvas.

En el lago Amatitlán nos encontramos muchos visitantes. Las riberas de este hermoso volumen de agua, que quedan á unas 18 millas al Sur de la ciudad de Guatemala, se han convertido en un lugar de recreo de la capital. El ferrocarril central de Guatemala pasa por dichas riberas hasta una distancia de 15 millas, y los domingos—sobre todo—conduce una infinidad de excursionistas al pueblo de Amatitlán, que es un centro adonde acuden mucho los aficionados á las jiras.

El lago de referencia, situado á una altura de cerca de 2.000 pies sobre el nivel del mar, tiene doce millas de longitud y tres de ancho, es muy profundo y de sus aguas nace el río Guastoya, que desemboca en el Océano Pacífico, á unas doce millas hacia el Sur del puerto de San José, punto en el cual tiene doce millas de ancho.

En la estación de Laguna encontramos un hotelito muy bueno, cuyos portales daban á las azules aguas del lago, y desde los cuales pudimos contemplar con verdadero deleite las fértiles y verdes faldas del gran volcán denominado *Agua*, que se destaca hasta una altura de 13.000 pies, y detrás del cual se divisa, allá á lo lejos, la cresta de otro volcán denominado *Fuego*.

Amatitlán reviste gran importancia para el hombre de ciencia, porque sus aguas están sumamente impregnadas de azufre y de hierro, y muchas personas acuden á ellas para utilizar la gran virtud medicinal que poseen.

Todos los años—por lo regular en el mes de marzo—ocurre un fenómeno muy curioso, es decir, una erupción que se verifica en el fondo del lago, y entonces grandes cantidades de azufre suben á la superficie del agua. Este acontecimiento resulta la sentencia de muerte de los peces, que tanto abundan en dicho lago. Sin embargo, en todas las demás épocas del año el *sportsman* puede disfrutar á medida de su deseo de su pasatiempo favorito. Los mercados de la ciudad de Guatemala se surten diariamente de la gran variedad de pescado procedente de este lago.

Yo he tenido la dicha de ver muchos lagos en di-

llegar á este ameno lugar. Sin embargo, puedo pronosticar, con certeza, que antes de mucho tiempo habrá todos los medios de comunicación para ir á Atitlán que, como queda dicho, es uno de los lagos más encantadores del globo.

Los españoles lo descubrieron en 1524, y Alvara-

llísima de una luna tropical. Después de haber peregrinado así, la mera idea de la luz del día en relación con tan incomparables paisajes resulta poco halagüeña, y desde luego aconsejo á los que se propongan hacer esta excursión que prefieran llevarla á cabo durante las noches de luna. Estoy segura de que jamás olvidarán las impresiones que semejante viaje ha de producir en su espíritu.

Es casi imposible describir cumplidamente el encanto y la atracción que estos campos ofrecen.

Al fin llegamos á la aldea de San Lucas, situada en las orillas del precitado lago, donde encontramos un vaporcito que nos había de llevar hasta el hotel que estaba en la ribera opuesta, habiendo invertido hora y media en esa corta travesía. A la verdad, no encuentro palabras para expresar gráficamente las emociones que en aquellos momentos sentí, ni tampoco me es posible describir el paisaje que tuve ocasión de contemplar. Aquella gran extensión de agua semejaba una gran capa de plata derretida á la luz de la luna; las montañas solemnes y á las veces pavorosas, se destacaban á manera de gigantes centinelas para resguardar este inestimable tesoro. Todo yacía envuelto en una densa niebla—aunque no tan densa, en verdad, que llegara á ocultar por completo los perfiles de los tres grandes volcanes—

á saber, los dos Atitlanes y el San Pedro. Este estu-
pendo triunvirato de gigantes se eleva como hasta una altura de 12.000 pies y desciende casi en un curso no interrumpido hasta el borde de las aguas.

La población de Atitlán está situada en un lugar muy pintoresco entre los dos volcanes, es decir, el de San Pedro y Atitlán. A poca distancia, y próximo al pie de Atitlán, se encuentra el Cerro del Oro.

Dos mil pies más arriba del lago está la ciudad de Solola, capital de la provincia de su nombre. En este lugar se goza de una vista muy hermosa de las cercanías, pero la más hermosa de todas es la que se disfruta desde las alturas de Godines. De pronto nos encontramos en una elevación de 8 000 pies, desde donde contemplamos el extraordinario espectáculo de las sierras en ambos lados dominadas por las majestuosas cabezas de siete volcanes que aparecían magníficos é imponentes y cual si custodiaran con celo el lago que yace á unos tres mil pies más abajo.

(Del «Boletín de la Unión Panamericana.»)



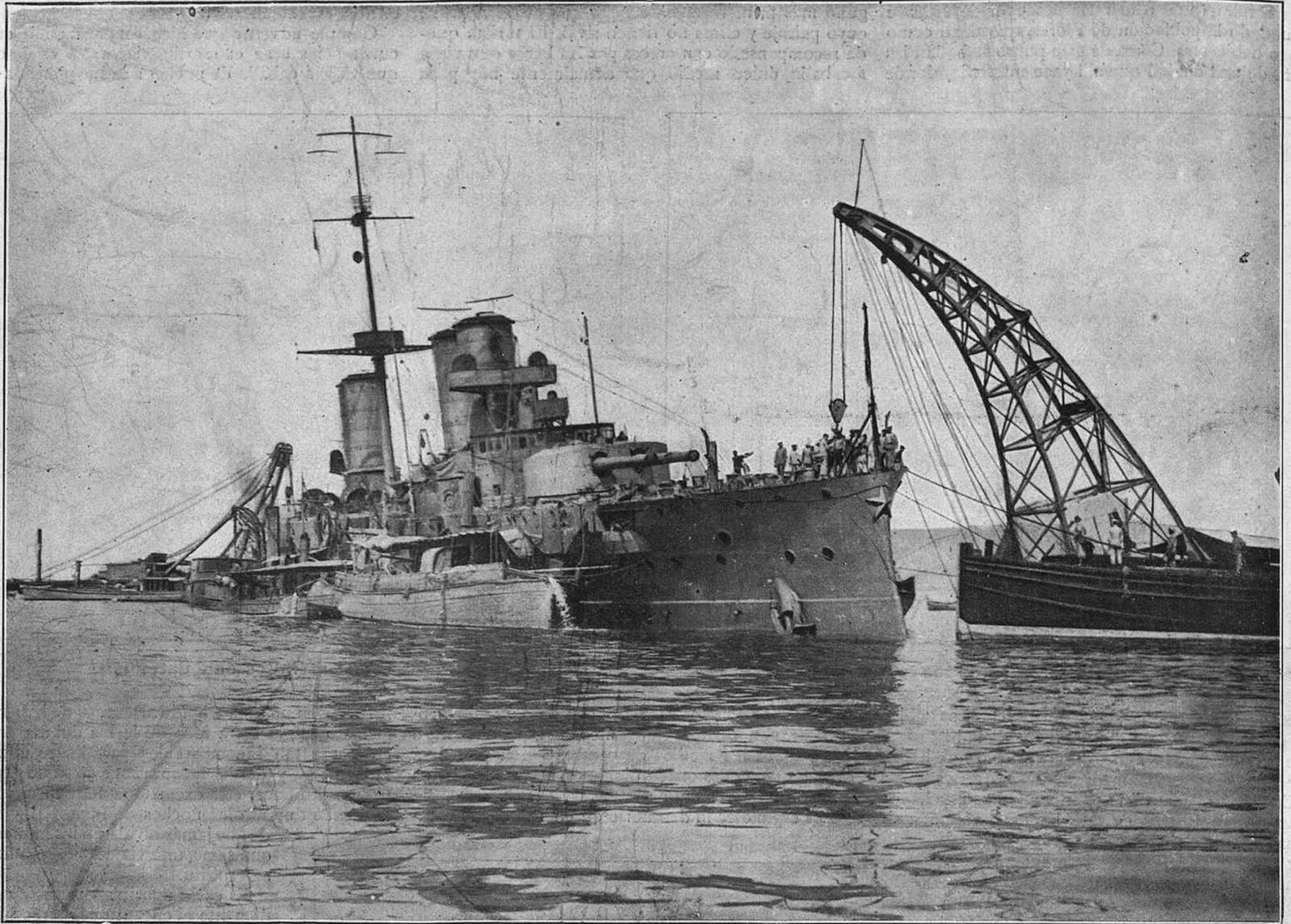
El lago Izabal

do ganó allí una reñida batalla contra los indígenas, y después de explorar las cercanías, tomó posesión del terreno en nombre de España.

En el mismísimo corazón de las montañas encontramos el lago, que tiene 30 millas de longitud por 10 de ancho. Por más que muchos ríos desembocan en sus aguas, no hay ninguna salida visible, y se ignora su profundidad, pues los sondeos que se han hecho no han pasado de 300 brazas. Sabido es que los peces no pueden vivir en las aguas heladas, y aquí y acullá se ven manantiales de aguas minerales que suben á la superficie desde una enorme profundidad. Se han hecho muchas tentativas por efectuar la cría de peces en este lago, pero hasta ahora todas han sido infructuosas. Dícese que en este volumen de agua hay un vórtice que sin duda conduce á un conducto subterráneo que, á lo que parece, explica el por qué de su extraña desaparición. Todos los días, durante varias horas, el viento sopla desde las empinadas montañas y levanta embravecidas olas,

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



El crucero acorazado italiano «San Giorgio» encallado en aguas de Nápoles el día 12 de los corrientes. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

A las cinco de la tarde del día 12 del actual, el magnífico crucero acorazado italiano *San Giorgio*, después de realizar en alta mar pruebas de máquinas, regresaba en demanda del puerto de Nápoles, cuando de pronto chocó con los escollos de los bajos de Gaiola y quedó inmóvil, con gran parte de la proa hundida y la popa casi enteramente fuera del agua.

Apenas conocido el desastre, salieron de Nápoles algunos remolcadores y varias embarcaciones, que nada pudieron hacer de momento para sacar al buque de la situación en que se hallaba; sólo los buzos practicaron un reconocimiento que demostró que las averías sufridas por el acorazado eran de gran consideración.

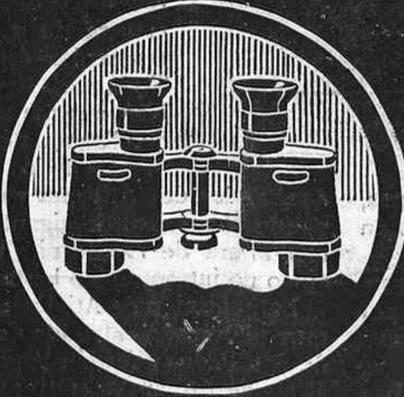
Hasta el siguiente día, en que acudieron varios buques de guerra y otros, no comenzaron los trabajos de salvamento, que consistieron en aligerar el buque encallado, quitándole la gruesa artillería, y en calafatear las extensas y profundas hendiduras del casco.

El grave accidente sufrido por el *San Giorgio* ha producido honda impresión en toda

Italia, pues se trata de uno de los más modernos y mejores buques de la armada italiana. En cuanto a las causas de la encalladura, es general la opinión de que ésta se debió en gran parte a una imprudencia del comandante, que condujo el barco demasiado cerca de la costa y a una velocidad de diez y ocho millas, sabiendo, como debía saber, que hay allí multitud de escollos perfectamente conocidos y señalados en las cartas marinas.

El *San Giorgio* fué construido en los astilleros de Castellamare di Stabia y botado al agua con toda felicidad en 27 de julio de 1908. Desplaza 9.830 toneladas y mide 131 metros de eslora por 21 de manga; sus máquinas desarrollan una fuerza de 18.000 caballos y le imprimen una velocidad de 22 millas y media; y su armamento consiste en cuatro cañones de 254 milímetros, ocho de 120, diez y ocho de 76, ocho de 47 y tres tubos lanzatorpedos.

Dentro de pocos días debía entrar a formar parte de la escuadra del Mediterráneo y por este motivo practicaba las pruebas de máquinas y de los aparatos eléctricos.



ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO (T. 224)
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida a **D. Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holzt.
Escuela superior técnica p. la enseñanza
de electrotécnica y construcción de máquinas.
Secciones espec. p. ingenieros y técnicos.
Laboratorios electrotécnicos y mecánicos.
Talleres para la instrucción práctica.
Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes.
Programa etc. gratis
de la secretaria.

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES
BATO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN
Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de
láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.
Se vende a 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas,
pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN